

**Daniel Barros Grez**

COM O E N S a n t i a g o  
**Y OTRAS COMEDIAS**

**“Uso exclusivo Vitonet,  
Biblioteca Virtual de Vitacura, 2004”**

# COMO EN SANTIAGO

COMEDIA DE COSTUMBRES EN TRES ACTOS

por

*DANIEL BARROS GREZ*

---

## PERSONAJES

Don MANUEL, hermano de  
Doña RUPERTA, mujer de  
Don VICTORIANO, padre de  
DOROTEA, prometida de  
SILVERIO, hijo de don Manuel.  
INES, sobrina de don Victoriano.  
FAUSTINO, amante de Dorotea.  
Un escribano.  
Un receptor.

*(La escena pasa en la capital del departamento de Z, en casa de don Victoriano. El lugar de la escena es una sala modestamente amueblada, con dos puertas laterales, y una puerta y una ventana en el fondo, que dan a un patio exterior).*

## ACTO PRIMERO

### ESCENA I

Inés

*Inés.- (Entretenida en su costura canta una canción cualquiera).*

### ESCENA II

INES, doña RUPERTA

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Inés! ¿Que bulla es esa?

INES.- Cantaba, tía, para entretenerme y hacer menos pesado mi trabajo

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Si!, pero debieras tener presente que tu prima está durmiendo.

INES.- Como ya es tarde, creía que Dorotea se hubiera levantado.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Y Cómo piensas, inconsiderada muchacha, que una niña tan delicada y tan nerviosa como mi hija, haya de levantarse antes de las once del,

día? ¿Has olvidado que estuvimos anoche en el baile con que este pueblo festejo a nuestro simpático diputado?

INES.- [ (Aparte). ¡ Vaya si lo habré olvidado, cuando no quiso llevarme!]. ¡Pues por eso mismo, tía mía, por lo mismo Dorotea es débil y enfermiza, no debería recogerse tarde!

Dª RUPERTA.- ¿Qué dices?

INÉS.- Que acostándose temprano, podría Dorotea levantarse también temprano.

Dª RUPERTA.-;Y quien te mete a ti venir con reglas sobre lo que no, entiendes? ¿Qué sabes tú de bailes y de recogidas temprano o tarde ?

INÉS.- Nada sé de eso, tía; pero ...

Dª RUPERTA.- ¡Sabe que mi hija se levanta a la hora que le da la gana, porque es rica, y tiene con qué darse gusto!

INES.- Pero, tía, cálmese usted: yo no he dicho eso, sino porque ...

Dª RUPERTA.- ¡No faltaba más sino que tú vinieras a enseñarme a mi las reglas del buen tono; a mi que he nacido, que he crecido en Santiago, y que crío y educo a mi hija como conviene a una persona de su clase! ¿ Te parece que en Santiago se va a un baile a prima noche, para recogerse a horas de cenar? ¡Pobre muchacha provinciana! Venir a enseñarme estas cosas a mí, que acabo de hablar con él ... Si tú lo hubieras oído hablar anoche, habrías comprendido . .

INÉS.- ¿A quién, tía?

Dª RUPERTA.- ¿A quién ha de ser sino a nuestro

simpático diputado, don Faustino Quintalegre, que anoche estuvo divino?

INES ¡Ah!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Qué talento de hombre! ¡Qué maneras tan distinguidas, qué aire tan cortesano, qué movimientos tan elegantes, y sobre todo, qué galán con las niñas! No se separó, en todita la noche, de Dorotea, y bailó ocho veces con ella.

INES.- ¡Ocho veces!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Sí, sí; ocho veces. Las llevé en cuenta, con las cuentas de mi rosario.

INÉS.- Todo eso podrá ser, tía; pero ¿quiere que le diga una cosa?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Habla!

INES.- Es que usted le está metiendo a mi prima mucho más bulla que yo.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Es verdad, que como tengo una voz tan vibrante, según m-, dijo anoche Faustino... ¿ Sabes tú lo que significa esta palabra *vibrante*? *El* también me lo explicó... ¡Ah!, voy a ver si esa pobrecita duerme. Es tan nerviosa como yo cuando tenla su edad. (Vase).

### ESCENA III

INÉS. (*Llorando*)

INES.- ¡Ah, pobreza! ¿Quién no te debe su desdicha? ¡Madre mía! Cuando al morir me entregaste a mi tío don Victoriano, creíste haberme dado un padre

y moriste tranquila... No me quejo de mi tío; pero su mujer ... [esta mujer a quien me veo en la necesidad de [lar el título de hermana de mi madre!]. ¿Por qué se te parece tan poco, madre mía? [¿Por qué me ha de estar echando todos los días en cara mi pobreza, como si yo tuviera la culpa de ser desgraciada? ¡Tú, que estás en el cielo, madre mía, ruega por tu hija, por tu Inés, cuyos más íntimos pensamientos conocías!]. ¡Ah!, si tú vivieras; si yo pudiera abrazarte como en tiempos más felices, [¡yo te diría al oído mi desdicha!]. Yo te diría: madre mía, amo a un hombre, ¡y ese hombre se casará bien pronto con mi prima!, y tú llorarías conmigo; y tus caricias consolarían mi pobre corazón, mientras que ahora ... (Se pone la cabeza entre las manos, con muestras del más profundo dolor).

#### ESCENA IV

*INES, DOROTEA. (Vestida fantásticamente)*

DOROT EA.- ¡Inés! ¡Inés! ¡Qué desgracia la mía! Yo quisiera llorar, pero no puedo

...

INÉS.- ¿Qué tienes, Dorotea?

DOROTEA.- Mis lágrimas se resisten ...

INÉS.- Pero dime, '¿ qué es lo que te pasar'

DOROTEA.-¡Y la frialdad con que me lo preguntas! (Aparte). Estas almas vulgares no saben sentir. ¿No echas de ver por mi semblante, el profundo dolor que me abruma?

INES.- Pero yo quisiera saber ...

DOROTEA.- ¡Ah!, si el cielo te hubiera dotado de mi exquisita sensibilidad, habrías adivinado en mis y hasta en la inflexión de mi voz, este cruel dolor queme atormenta. Pero tu lo diré, ya que es necesaria. ¿Te acuerdas del peinador de cuerpo, entero, que mi papá me encargó a Santiago?

INES.- Sí, me acuerdo.

DOROTEA.- Pues bien, cuando esperábamos que había de llegar en estos días, recibió anoche mi papá una carta, en la cual le dicen que la carreta que lo traía se ha quebrado en el camino.

INÉS.- ¿Y no es más que eso, Dorotea?

DOROTEA.- ¿Y te parece poco, Inés, el encontrarme sin peinador, ahora que tanto lo necesito? ¡Ah!, si tuvieras mi sensibilidad, me comprenderías. ¡Mi peinador de cuerpo entero! (Llora).

INÉS.- Cálmate, prima mía. Si ese espejo se ha quebrado, mi tío te encargará otro.

DOROTEA.- (Con un imperioso movimiento de niña antojadiza). Es que yo lo necesito ahora, porque es preciso que le parezca bien... Y cómo puedo parecerle bien, si no puedo vestirme ni adornarme con exquisita elegancia? ¡Compadécete, Inés, de mi desgracia!

INES.- No te aflijas, Dorotea ...

DOROTEA.- Véome obligada a vestirme delante de un espejito de estos que no parece sino que se están riendo de una, pues en vez del retrato, se ve allí la caricatura. ¡Oh!, ¡es un martirio horrible... ¿Como he de poder presentarme ante mi pretendiente?

INÉS. -¡Pero, Dorotea, oye, por Dios! Tu amante es un joven que te ama, no por los adornos postizos de tu cuerpo, sino por las cualidades de tu alma ...

DOROTEA.- ¡Es que tú ¡lo conoces, Inés! No hay hombre más apasionado por la belleza que él; y tiene una alma tan sensible, que hasta un lazo de cinta mal colocado le da mal de nervios. El mismo Me lo dijo anoche. Figúrate qw1, estando rara casarse en Santiago ...

INÉS.- ¿Ei?

DOROTEA.- Oye. Al tiempo de ponerle las bendiciones, notó que la novia llevaba guantes de color patito, por lo cual dijo redondamente no, y de)ó a la tal novia plantada, delante de todos sus parientes.

INES.- ¡Dios mío! ¿Estoy soñando?

DOROTEA.- Para que aprenda ~, manejarse como debe... Así sería ella de ignorante ...

INÉS.- ¡Pero eso es increíble, Dorotea!

DOROTEA.- Y sin embargo, nada es más natural. Si tú estuvieses dotada de mi delicadeza de sentimientos, comprenderías la enormidad de aquella falta. ¿Cómo crees que un hombre de corazón se case con una mujer que, en el acto más serio e importante de la vida se atreve a presentarse con guantes color patito?

¡Esa mujer no sabe amar!

INÉS.- Si eso fuera cierto, creerla que Silverio estaba loco, cuando ...

DOROTEA.- ¡Silverio! ¡Ja, ja, ja! ¿Tú crees que te hablo de Silverio?

INÉS.- Así lo pensaba, Dorotea. ¿No es Silverio

el amante preferido por tu corazón, y al cual tus padres te tienen prometida por esposa?

DOROTEA.- Es verdad que existe ese compromiso; pero he comprendido al fin que mi corazón no podrá nunca amar a un hombre tan vulgar como Silverio ...

INES.- ¡Ah! (Aparte). ¿Será verdad?

DOROTEA.- Bien claro se lo demostré anoche.

INES.-Y entonces, ¿quién es?

DOROTEA.- ¿El rival favorecido? Es Faustino Quintalegre, el héroe del baile de anoche.

INES.- ¿Ese caballero recién llegado de Santiago?

DOROTEA.- El mismo, Inés, el mismo. No me dejó en toda la noche. ¡Qué joven de tanto talento! Por eso el gobierno lo mandó elegir diputado por este pueblo. ¡Qué amabilidad! Bailó conmigo ocho veces, por lo cual todas me miraban con envidia. Yo creo, Inés, que será un marido modelo, porque viste como un figurín, habla y baila como un figurín... Mira tú si una mujer de mis sentimientos no gozará al lado de un hombre tan fino, tan delicado ...

INES.- Y tan figurín ...

DOROTEA.- ¡Así es! ¿No es verdad, mamá?

## ESCENA V

Dichos, Doña RUPERTA

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Dices bien, hijita. ¿Qué era lo que decías?

DOROTEA.- Le estaba contando a Inés mi conquista de anoche.

INES.- Pero ¿cómo has podido adelantar tanto, Dorotea, en una noche?

DOROTEA.- Es que un joven como Faustino hace, en una noche, lo que otros en un año: porque no creas tú que él me hablaba así como suelen hacerlo los mozos de provincia, que se andan por las ramas, y que es necesario que una les ayude. ¡No, no! Me hablaba como en Santiago, clarito como el agua, pues es joven educado que sabe decir las cosas con una claridad encantadora; y aunque una se defiende, él porfía sin descanso, hasta que la hace decir a una todo lo que él quiere. En el segundo baile, ya yo le había correspondido, sin quererlo, a sus apretoncitos de manos, dados, eso sí, con la más exquisita delicadeza. En el tercero, me hizo suspirar mas de dos veces; en el cuarto, tuve que mirarlo fijamente, para reprocharle su atrevimiento., pero no acabó el quinto, sin que yo hubiese vuelto a mirarlo, para manifestarle mi desenojo. ¿Para, qué he de decir mas sino que -en el sexto, me arrancó más de cinco síes, y que antes de llegar al octavo, nos habíamos jurado un amor eterno?

INÉS.- No se puede negar que el negocio marchó algo de prisa.

DOROTEA.- Al vapor, niña, al vapor, como sucede en Santiago. Allá se marcha al vapor en los asuntos amorosos. ¡Con decirte que si un matrimonio no se realiza en un mes, contados desde la primera conver-

sación de los amantes, ya se pone aquello fiambre, y de mal gusto!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Así mismo es; y hay matrimonios que en una sola noche de baile, se arman, se desarman; pelean los novios; vuelven a reconciliarse, y se casan al otro día ...

DOROTEA.- No importa. Así es como una mujer ha gozado en una semana, una vida entera de ilusiones.

INES.- No comprendo, Dorotea, cómo es que ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- No te admires, Inés; esas son maneras de la alta sociedad, que tú no sabes porque no has estado en Santiago.

DOROTEA.- No se canse en balde, mamá. No todas las almas tienen las mismas tendencias. Inés piensa de un modo y yo de otro; y no puede ser de otra manera, porque las dos tenemos diversa manera de pensar. Esto es claro. Yo he nacido para la alta sociedad; un marido de provincia me mataría, y desde anoche sueño con los paseos, bailes y tertulias de Santiago. Mi alma estaba aletargada, cuando creía amar a Silverio, quien jamás me ha expresado su pasión con aquel fuego.. aquella gracia, aquel sentimiento, en fin, de Faustino Quintalegre.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Es que Faustino te dice eso como se dice en la capital.

DOROTEA.- Así es que estoy resuelta a no acordarme más de Silverio.

INES.-¿Y tu palabra empeñada? ¿Y el amor que le has jurado a ese mozo?

DOROTEA.-¿Y crees tú, pobre Inés, que una mu

jer que empeña hoy su palabra, ha perdido la libertad de desempeñar mañana? ...

D<sup>a</sup>. RUPERTA. ¡Eso, si que no! La mujer tiene derechos inalienables, y, el mas santo de todos esos derechos es el de anular mil síes, con un solo no.

DOROTEA.- Sobre todo, cuando a ello nos obliga este tirano que llevamos dentro del pecho.

D<sup>a</sup>. RUPERTA.- Tales son las leyes que rigen al gran mundo.

DOROTEA.- Así me lo explicó Faustino anoche. Hallando con él, me parecía estar en Santiago. Ya se ve. El también me dijo que yo era una verdadera santiaguina.

INES.-¿Y si mi tío quisiera obligarte a que le cumplieses la palabra a Silverio?

D<sup>a</sup>. RUPERTA.- ¡No la obligaré, porque aquí estoy yo!

DOROTEA.- ¡Ah! Si mi papá fuera tan cruel que me obligase a casarme con un hombre que no sabe ponerse la corbata, me moriría ...

D<sup>a</sup>. RUPERTA.- No te aflijas, hija mía. ¡No te casarás con él!

DOROTEA.-, ¡Figúrate, Inés, que anoche se atrevió Silverio a ir al baile con corbata de color! Pero ahora que me acuerdo, ¿qué te parece mi peinado? Mírame bien el vestido por detrás. ¿Hace bulto elegante y de gusto? ¡Es una verdadera desgracia que no haya llegado mi espejo de cuerpo entero!

INES.-(Examinando el vestido). Si he de decirte

la verdad, Dorotea, a mi me parece un poco exagerado este bulto.

DOROTEA.- ¡Qué llamas tú exagerado, cuando este vestido ha sido hecho en Santiago por la modista recién llegada de París? Pero alguien viene ...

Dª RUPERTA.- Esa es la voz de Victoriano, que ha ido, por mi orden, a visitar a nuestro diputado.

DOROTEA.- Bien hecho. mamá. Voy a preguntarle a, mi papá qué le ha parecido. (Va hacia ¡a puerta del fondo y vuelve corriendo). ¡Mamá, mamá! ¡Mi papa viene con él!

Dª RUPERTA.- ¿Con Quintalegre ?

DOROTEA.- (Hace señas que sí, como embargada por la emoción).

Dª RUPERTA.- ¿Quién sabe si en Santiago se usa ahora venirse con el visitante, para pagarle, a renglón seguido, la visita?

DOROTEA.- ¡Preciosa moda! Pero salgamos... La emoción debe haberme puesto colorada y no debo presentarme a él con este color tan provinciano ... ¡Se muere por las mujeres pálidas, mamá!

Dª RUPERTA.- Pues entonces, ven acá a ponerte los polvos de arroz.

DOROTEA.- Ven, Inés, a ayudarme a inflarme un poco más el vestido ...

INÉS.- Pero, ¿no estás ya bastante inflada?

DOROTEA.- ¡Todavía no, Inés! ¡Ven pronto! (Vase con doña Ruperta).

## ESCENA VI

### INÉS

INÉS.- ¡Qué par de locas! Me han (lado ganas de conocer al galán, y este plumero me servirá de pretexto. (Coge un plumero, y se pone a sacudir las mesas, manifestando distracción).

## ESCENA VII

INES, DON VICTORIANO, FAUSTINO

D. VICTORIANO.- (En la puerta). Porque yo soy municipal ¡Señor don Faustino, entre usted!

FAUSTINO.- Sírvase usted pasar, señor don Victoriano.

D. VICTORIANO.- ¡No lo permitiré de ningún modo! ¡Pase usted! (Entra Faustino). Porque, como yo

soy municipal ... Inés, ve a decir a Ruperta, que una visita la espera aquí.

INÉS.- (Hace tina cortesía a Faustino). Voy allá al momento. (Aparte). Parece un títere el señor diputa. do del gobierno. (Vase).

## ESCENA VIII

Dichos, menos INÉS

D. VICTORIANO.- Porque como yo soy municipal... Siéntese usted, señor.

FAUSTINO.- (Sentándose). Gracias. :Decía usted.

D. VICTORIANO.- Decía que, como yo soy municipal, estuve toda la noche ocupado en el cabildo, y me fue imposible asistir al baile. Pero la Ruperta me encargo encarecidamente esta mañana que fuese a hacerle a usted la visita de cumplimiento ...

FAUSTINO.-Y por eso no he querido tardar en venir a dar las gracias a tan cumplida y amable señora.

D. VICTORIANO.- En cuanto a eso, es la mujer más cumplida del mundo; vive pendiente de la moda, y no se le escapa un ápice de las reglas de la etiqueta. ¡Ya se ve! Criada y nacida en Santiago.

FAUSTINO.- Eso se conoce a la distancia.

D. VICTORIANO.- Usted la tratará de cerca, y verá qué cabeza aquella. ¡Le aseguro que a mi me tiene como un reloj! No me deja pasar una, porque ella está siempre al cabo de todo lo que sucede en Santiago: así es que ha educado a nuestra hija, que da gusto. Ya se ve, la muchacha tiene un memorión, que es para dejar pasmado, cuando uno la oye recitar una novela de Alejandro Dumas.

FAUSTINO.- ¡Ah, señor! Anoche fue Doroteíta la reina del baile.

D. VICTORIANO.- ¿No es verdad, señor., que parece una verdadera santiaguina? Perdónele a un padre esta franqueza. ¡Quiero tanto a mi hija!

FAUSTINO.- Esos sentimientos honran a usted y a toda su familia, señor. (Aparte). Es un viejo original.

D. VICTORIANO.- Sí, amigo mío, todos mis esfuerzos se cifran en mantener a la debida altura la honra

y el tono de mi familia; y desde que soy municipal, he tratado de poner mi casa bajo el pie que corresponde a la dignidad que invisto, como dice mi mujer.

FAUSTINO.- Hace usted muy bien.

D. VICTORIANO.- Verdad es que me cuesta algunos pesitos al año; pero la Ruperta no es mujer que se mira en gastos, cuando se trata de seguir la moda; y desde luego que hago parte del municipio de este pueblo, puedo decir a usted ... Pero aquí vienen ellas ...

## ESCENA IX

DOÑA RUPERTA, DON VICTORIANO, DOROTEA, FAUSTINO

Dª RUPERTA.- Señor don Faustino, ¡cuán dichosa \_soy, con ver a usted en esta casa!

Belleza, gracias femeniles, sociedad escogida, todo, todo se encuentra en este pueblo, que con mucha justicia merece el nombre de Santiaguito. (Aparte). No hay más que alabarles su pueblo a los provincianos.

D. VICTORTANO.- Eso mismo digo yo; pero hay aquí gentes enemigas del señor gobernador -que por el gusto de hacer oposición al gobierno, que es un gusto que yo no entiendo-, no cesan de vociferar por esas calles que el pueblo no adelanta; y cierran los ojos para no ver cuánto hacemos los municipales. Mire usted: desde que soy cabildante, que hará como trece años se ha gastado, sólo en componer veredas, más de doscientos pesos largos.

Dª RUPERTA.- Son gentes rojas esas que hablan, y sólo por envidia lo hacen.

D. VICTORIANO.- Así es. No hay vereda de las de los municipales que no esté arreglada; y sólo cuando llueve mucho no más suele cortarse el tráfico en algunas.

Dª RUPERTA.- De aquí nace la envidia; y como ven que en todas las elecciones gana siempre la lista en que se halla Victoriano ...

D. VICTORIANO.- Es decir, la del gobierno: porque ha de saber usted' que el ministerio ha tenido siempre a bien el que yo represente los intereses de esta localidad.

FAUSTINO.- Esto no Prueba sino la honorabilidad de usted.

Di RUPERTA.-Y también que esta Municipall

dad es como la de Santiago, es decir, formada de las personas más respetables ...

D. VICTORIANO.- No todas por desgracia, pues los rojos consiguieron meter uno de los suyos este año y allí tenemos que sufrir aquel hombre, que se lleva dale que le darás, oponiéndose a todo. ¡Y luego quieren que un pueblo adelante! Mire usted: anoche tuvimos una sesión muy acalorada; y desde que soy municipal, no he visto nada parecido.

FAUSTINO.- ¿Y sobre qué asunto se trató ?

D. VICTORIANO.- Sobre la reja que habla de rodear el jardín que pensamos poner en la plaza.

DOROTEA.- ¡Ah! ¿Vamos a tener jardín como en Santiago?

D. VICTORIANO.- Sí, hija. Comenzamos por discutir sobre si se pondría o no la tal reja. El rojo se opuso, diciendo que la municipalidad estaba pobre ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Pero ¿no les dijiste que en Santiago...?

D.VICTORIANO.- ¡Vaya si se los dije! Les ganamos la votación. Luego volvieron a dividirse los pareceres; ,el rojo opinaba porque la reja fuese de madera, fundándose siempre en la pobreza del municipio ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Siempre la misma razón para todo!

D. VICTORIANO.- ¡Así son ellos! También les ganamos esta votación, así como la siguiente, sobre el color de la reja ...

FAUSTINO.- ¿Y qué se decidió?

D. VICTORIANO.- Que fuese verde como la de Santiago.

FAUSTINO.- Por manera que ustedes no perdieron ninguna votación.

D. VICTORIANO.- ¡Si no las perdemos nunca, señor mío ¿No ve usted que formamos el partido de más peso? Desde que el supremo gobierno me tiene aquí de cabildante, no he perdido jamás una sola votación.

D<sup>a</sup> RUPERTA.-¿Y de qué servirla al gobierno tener el. mando, si no eligiera de lo mejor?

FAUSTINO.- (Aparte). Son los dos cortados a una tijera.

D. VICTORIANO.- Pues, señor, como el maldito rojo es incansable, se opuso a que plantásemos en el jardín flores extranjeras, porque costaban caro ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Qué hombres tan empeñados! No conocen otra razón que la de la pobreza ...

FAUSTINO.- (Aparte). Y no deja de ser una buena razón. ¿Por supuesto que ustedes salieron vencedores?

D. VICTORIANO.- Si, señor; y también en la última sobre si plantaríamos en la plaza árboles traídos (le Santiago o de nuestras montañas.

D<sup>a</sup> RUPERTA.-¿ Apuesto a que ellos eran por plantar árboles brutos del cerro, en lugar de los extranjeros la Quinta Normal?

D. VICTORIANO.- ¡Adivinaste, mujer! (Aparte a Faustino). Ya ve cómo esta mujer no tiene un pelo de tonta. El partido de los locos decía que plantásemos aquí peumos, maitenes, litres, como si no los tuviésemos de sobra en esos cerros.

D<sup>a</sup> RUPERTA.-¿ Dando siempre por razón la pobreza ?

D. VICTORIANO.- No, sino que debíamos hacerlo ,así para cultivar nuestros árboles, y estudiarlos de cerca, por patriotismo y qué sé yo qué más. Pero yo me le encaré y les dije: ¡bárbaros! ¿Hasta cuándo serán ustedes porfiados y rojos? ¿No ven que les hemos ganado todas las votaciones; y que ésta, que es la moza, tampoco la hemos de perder? Vengan acá y díganme ¿qué árboles son los que hay en la plaza de Armas de Santiago? ¿Han visto allí algún maitén, quillay o boldo? ¿Y piensan ustedes ser más patriotas que el gobierno, cuando por puro patriotismo, está allá en la casa de Moneda cumpliendo con la comisión que le dio el gobierno pasado, de regir el país, y de elegir patrióticamente al gobierno que viene? En fin, fue tanto lo que les hablé, que . . .

FAUSTINO.- ¿ Se dieron por vencidos?

D. VICTORIANO.- No, señor; pero salieron vencidos, que es lo que importa. ¡Nunca habla trabajado tanto, desde que soy cabildante!

DOROTEA.- De todos modos, tendremos Jardín con flores extranjeras, y árboles de la Quinta Normal, como en Santiago, ¡qué gusto, mamá!

D. VICTORIANO.- Si, hija mía, tendremos todo eso, una vez que la Ilustre Municipalidad encuentre un dinero ...

DOROTEA.- ¡Pero, papá! ¿A qué esperar eso del prestamista, para hacer el jardín?

D. VICTORIANO.- ¿ Qué dices, niña?

DOROTEA.- Que hagan primeramente el jardín, y

después arreglaran el otro asunto del prestamista, O qué se yo.  
D<sup>a</sup> RUPERTA.- (Aparte y dando con la rodilla a Dorotea). Calla.

## ESCENA X

Dichos, INÉS

INES.- (A don Victoriano). Un caballero que lo aguarda en su cuarto necesita hablar urgentemente con usted.

D. VICTORTANO.- Debe ser de la Municipalidad. Estas cuestiones del jardín nos tienen a todos revueltos en este pueblo. No me dejan descansar; ¡y luego dicen los rojos que no hacemos nada! Dile, Inés, que me espere.

FAUSTINO.- (A doña Ruperta). Yo creía que usted no tenía sino una sola hija.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (A media voz). Así es, señor; esta muchacha...

FAUSTINO.- Es una preciosa niña.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (En el mismo tono). Es una sobrina de mi marido a quien he recogido por caridad.

D. VICTORIANO.- Dispénseme, señor don Faustino; un asunto importante me obliga a separarme de usted.

FAUSTINO.- ¡Oh, mi señor don Victoriano! Cumpla usted con los sagrados deberes de su dignidad concejil: yo estoy muy lejos de querer privar a la Patria de sus importantes servicios.

Dª RUPERTA.-(Aparte a Inés). ¿Quién, es ese caballero que espera?

INES.-(Aparte a doña Ruperta). Silverio

Dª RUPERTA. - Está bien. Vete de aquí.

D. VICTORIANO.- Queda usted en su casa, señor don Faustino.

FAUSTINO.- Mil gracias.

D. VICTORIANO.-Y en cuanto a lo del arriendo, haremos negocio. (Bajando la voz). Basta que usted sea como yo, de los elegidos por el Supremo Gobierno. ¿Está usted?

FAUSTINO.- Sí, señor mío. Comprendo y le agradezco a usted, porque el pueblo me ha gustado, y veo que adelanta con pasos de gigante ...

D. VICTORIANO.-¡Oh! Si señor, de gigante ...

FAUSTINO.- En razón a que sus intereses locales están a cargo de una municipalidad tan escogida ...

D. VICTORIANO.- ¿Qué quiere usted? Escogida por el Supremo Gobierno, que tiene en donde elegir a su gusto.

FAUSTINO.- Un pueblo que sigue en todo las huellas de la capital.

D. VICTORIANO.- ¡Por supuesto! Y seguiremos con pasos de gigante esas-huellas mientras el gobierno siga las gigantescas huellas de... del gobierno. ¿Me explico ?

FAUSTINO.- Perfectamente, y confío en que usted ...

D. VICTORIANO.- Yo seré siempre un amigo dispuesto a servirle con todos mis posibles, no sólo en esta. casa sino en la Municipalidad. Cuente con mi fundo.

Dª RUPERTA. -(Hace imperiosamente una para que se retire).

(Vanse y don Victoriano).

## ESCENA XI

### FAUSTINO, DOÑA RUPERTA Y DOROTEA

FAUSTINO.- Qué caballero tan cumplido! Parece criado en Santiago.

Dª RUPERTA. - Y, sin embargo, no ha estado jamás en la capital.

DOROTEA. -(Aparte). ¡Qué visita tan inoportuna la de Silverio! ¡Ahora lo aborrezco!

FAUSTINO.- Pero YO Sé el secreto.

DOROTEA.- No lo crea, señor. Ese mozo que ha venido a ver a mi papá es un ...

Dª RUPERTA. - (Aparte). ¡Calla, niña!

FAUSTINO.- Digo que yo sé por qué don Victoriano, sin haber estado jamás en la capital, posee esas maneras tan elegantes.

Dª RUPERTA. - ¿Por qué?

FAUSTINO.- Porque ha vivido a su lado, señora.

Dª RUPERTA. - Favor que usted me hace, señor. Verdad es que conozco la alta sociedad, y trato de que mi familia se imponga de los usos y maneras sociales.

DOROTEA.- En cuanto a eso, yo puedo estar orgullosa de mi mamá. No deja nunca de enseñarme los usos sociales; y ya sé cómo se va a los bailes, cómo se

hacen, los paseos, como debe una niña conducirse en la filarmónica, y en fin, todas las maneras de la alta sociedad.

FAUSTINO.- Por eso decía yo que don Victoriano ha vivido aquí como en la capital.

DOROTEA.- El nombre de las calles, las plazas, todo me lo ha enseñado mi mamá; así es que puedo pasearme con la imaginación por todo Santiago. Pero como ella no ha visto después de transformado, el cerro de Santa Lucía, nada ha podido decirme ... Dicen que Vicuña Mackenna lo ha puesto muy lindo.

FAUSTINO.- ¡Ah, señorita! El intendente de Santiago es un verdadero Mago, que con su varita dé virtud ha escrito sobre aquellas rocas la palabra buen gusto, convirtiendo aquel montón informe en un grupo de cristales, obeliscos, pirámides, agujas, rampas, explanadas y escaleras. Hoy ruedan vehículos por donde ayer solamente volaban los pájaros. Las cumbres del histórico cerro se han alegrado, al sentirse oprimidas por el diminuto pie de las hermosas. El arte ha ido allí a auxiliar a la naturaleza; y auxiliado también por ella misma ha convertido las rocas en estatuas; las ha hecho hablar con el murmullo de las aguas, que aparecen por entre sus grietas corriendo ondulando o despeñándose en espumosas y chispeantes cascadas, y las ha engalanado con árboles, flores y arbustos de mil colores y formas.

DOROTEA.- ¡Ah., mamá! ¡Qué cosa tan encantadora! Yo daría cuanto tengo por ver tanta belleza. ¿Por

qué la Municipalidad no liará también. aquí un Cerro de Santa Lucía?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Yo sé lo diré a tu padre, y él hablara en el cabildo sobre el particular.

FAUSTINO.- Este pueblo , siguiendo, como hasta ahora los pasos de la capital, una vez que tenga un cerrito, por pequeño que sea, se convertirá en un verdadera paraíso.

DOROTFA.- ¿Lo cree usted así, señor?

FAUSTINO.- Si, señorita; y aún creo que, sin necesidad del cerrito, merece desde luego el nombre de paraíso, una ciudad como esta, en donde hay tantos ángeles.

DOROTEA.- ¡Ah!

FAUSTINO.- Pido a ustedes permiso Para retirarme.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Tan pronto!

DOROTEA.- ¿Cuándo apenas ha comenzado usted la visita?

U' RUPERTA.- Ruégole que no sea esta la Última vez.

FAUSTINO.- No tiene para que rogarme una cosa que yo tan ardientemente deseo. Señora, beso a usted la mano. Señorita, a los pies de usted. (Fase).

## ESCENA XII

Dichos, menos FAUSTINO

DOROTEA.- (Abrazando a doña Ruperta). ¡Mamá, mamá! ¡Este hombre! ... Este ... hombre!

Dª RUPERTA.- Cálmate, niña porque no es bueno que una muchacha sea así tan impresionable, tan sentimental, tan ...

DOROTEA.- ¡Pero, mamá, por Dios! Este hombre es el único con quien puedo ser feliz. Anoche soñé con él ... Mamá, ¿quiere que le diga una cosa? Como usted me ha dicho que una hija no debe ocultarle nada a su madre ...

Dª RUPERTA.- Dime, ¿qué cosa es esa?

DOROTEA.- Que me casaría con él ahora mismo, para que me llevase a Santiago.

Dª RUPERTA.- ¡Qué niña de tanta sensibilidad! Cálmate, Dorotea ... Pero ¿de qué me admiro, si yo era lo mismo que ella, cuando tenía su edad?

DOROTEA.-Y cuando estuviéramos en Santiago, nos pasearíamos en vehículo por donde ayer volaban los pájaros. ¿Se fijó usted en eso que dijo?

Dª RUPERTA.- Sí, me acuerdo. Pero no te impresiones tanto.

DOROTEA.- Es que temo.. .

Dª RUPERTA.- Ten confianza, porque te miraba con unos ojos que ... Yo tengo experiencia y sé muy bien lo que aquellas miradas querían decir.

DOROTEA.- ¡Pero se va! ¡Se va!

Dª RUPERTA.- Si él es fino, ha de volver, querida mía.

### ESCENA XIII

RUPERTA, DOROTEA, DON VICTORIANO

D. VICTORIANO.- ¿Sabes lo que me ha pasado, Ruperta?

Dª RUPERTA.- ¡Habla hombre!

D. VICTORIANO.- Es el, caso que, después de haber hablado con Silverio sobre su matrimonio con Dorotea ...

DOROTEA.- ¡Ah, papá!

D. VICTORIANO.- Que el muchacho desea realizar pronto ...

DOROTEA.- ¡Papá! ¡Papá mío! ¡Usted no querrá ver muerta a su hija!

D. VICTORIANO.- ¿Qué Significa esto, Dorotea?

DOROTEA.- Es que ...

Dª RUPERTA.- Calla, niña tú, Victoriano, prosigue.

D. VICTORIANO.- Prosigo. Pues, señor, cuando yo salla de mi cuarto, me encontré con don Faustino, quien, sin mas acá ni mas allá,, me pidió la mano de Dorotea.

Dª RUPERTA.- ¡Lo estaba adivinando!

DOROTEA.- ¿Y usted qué le contestó, papá?

D. VICTORIANO.- ¿Qué había de responderle, sino que tenía mi palabra empeñada, y que acababa de hablar con tu novio?

DOROTEA.- ¡Ah, yo me muero! (Se desmaya).

Dª RUPERTA.- ¡Padre desnaturalizado! ¡Has muerto, a tu hila!

D. VICTORIANO.- ¿Yo desnaturalizado? No entiendo. Dorotea, ¿qué tienes?

DOROTEA.- ¡Papá desnaturalizado, usted ha muerto a su hija!

D. VICTORIANO.- Explícame, Ruperta, qué significa esto.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Esto significa que Dorotea no quiere casarse con Silverio.

D. VICTORIANO.- ¿Por qué razón?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Porque ama a Faustino

D. VICTORIANO.- ¡Ah! Yo no sabía ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Por eso te he dicho que jamás tomes una determinación seria, sin consultarme.

D. VICTORIANO.- Pero, mujer, ¿qué necesidad tenía de consultarte ahora, cuando sé que hemos de cumplir la palabra que le hemos dado a Manuel, de casar a Dorotea con su hijo Silverio, y sobrino tuyo?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Pues entre mi sobrino y el diputado, prefiero al diputado.

DOROTEA.-Y yo también.

D. VICTORIANO.-,Y la palabra que tenemos empeñada?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Qué sabes tú de palabras, hombre sin educación? ¿No ves lo que sufre tu hija?

D. VICTORIANO.- Pero, Ruperta, yo no sé ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Quieres enseñarme a mi como se conduce la gente ilustrada., en casos semejantes? ;Te parece que en Santiago respetan estúpidamente una palabra dada, cuando se trata del establecimiento de una hija, hombre sin corazón?

D. VICTORIANO.- Pero, Ruperta, si yo no tengo corazón, tengo honradez, Y mis padres me han enseñado ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.-¿Y qué sabían tus padres, pobres provincianos que jamás divisaron la Plaza de Armas? Corre al momento a deshacer lo que has hecho. No te detengas. Ve y dile que has reflexionado mejor, y que prefieres que él sea el esposo de nuestra hija.

D. VICTORIANO.- (Empujado por doña Ruperta, va a salir y vuelve). Lo peor es que, por esta negativa mía, se ha deshecho un negocio que teníamos palabreado.

D<sup>a</sup> RUPERTA.-¿ Qué negocio es ese?

D. VICTORIANO.- Has de saber que don Faustino me quería arrendar mi fundo de la Rinconada; y esta mañana hablamos largamente sobre el particular. Sólo nos faltaba convenir en el canon, cuando este incidente ha venido a entorpecer el negocio.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Razón de más para ir a desdecirte de tu negativa.

D. VICTORIANO.- Yo creo que él la ha recibido muy mal.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Razón de más, Victoriano!

D. VICTORIANO.-Y que desea casarse con Dorotea, tanto como arrendar el fundo.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Razón más, razón más, hombre de Dios! Toma tu sombrero, antes que la cosa se enfríe, y no pierdas tiempo.

[D. VICTORIANO.- (Encaminándose hacia la puerta,). Voy allá. (Vuelve a la escena). Pero dime, mujer,

¿estás bien segura de que, siendo como soy un hombre honrado, puedo faltar a mi palabra?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Si no estuviera segura, Victoriano, no te lo aconsejarla. ¿No ves que se trata del porvenir de nuestra hija querida?

DOROTEA.- ¡De mi porvenir, papá!

D. VICTORIANO.- Pero mi dignidad de cabildante elegido por el gobierno.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Razón de más para que puedas faltar sin escrúpulos a tu palabra, y desdearte, sin que tu honor sufra en lo más mínimo. ¡ Es cosa que he visto yo mil veces en Santiago.

D. VICTORIANO.-PUCS siendo así, voy al momento.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Y no le pidas muy caro por el arriendo, porque al fin y al cabo, todo quedará en casa. (Fase don Victoriano).

#### ESCENA XIV

Dichos, menos DON VICTORIANO, después INÉS

D<sup>a</sup> RUPERTA.-¿ No te lo decía, Dorotea? ¡Aquellas miraditas significaban algo!

DOROTEA.- ¡Ah, mamá! ¡No me cabe el corazón en el pecho! ¿Qué pasos son esos?

INÉS.- (Mirando por la ventana hacia el patio exterior). Es Silverio que viene ...

DOROTEA.- ¡JCSÚS! ¡Qué hombre tan mal criado!

No sabe llegar nunca a tiempo. ¡Lo aborrezco! ¡Vámonos, mamá!

Dª RUPERTA.- Vámonos, hija mía; pero ten calma.

DOROTEA.- ¡No, no, mamá! ¡Lo aborrezco, lo aborrezco!

#### ESCENA XV

INES, SILVERIO

SILVERIO.- Inés, creí haber oído hablar aquí a mi tía.

INÉS.- Acaba de retirarse: voy a llamarla.

SILVERIO.- Gracias querida prima, por haber adivinado mis deseos.

INÉS.- (Aparte). ¡Pobre Silverio! ¡Qué golpe tan cruel va a sufrir! ¡Y tan digno de ser amado!

#### ESCENA XVI

SILVERIO

SILVERIO.- (Dejándose caer en un sillón). Aguardaré aquí... Yo quiero que ella me explique su conducta de anoche.

Cae el telón

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA 1

SILVERIO.- (Paseándose agitadamente a lo largo de la sala). No sé qué pensar de la conducta de mi tía, pues no parece sino que tratase de huir de mi, según ha sido su prisa en retirarse de aquí. Porque si ella no me vio, Inés debió decirle que era yo quien venía a visitarla. ¿Y Dorotea ? ~ ¿Qué motivo he podido darle para que se condujera como lo hizo conmigo anoche, en el baile? Sólo tenía miradas para el héroe de la fiesta, y no pude conseguir que bailase una sola vez conmigo. Cuando llegué, ya estaba comprometida para todos los bailes con el tal don Faustino.

### ESCENA II

#### SILVERIO, INÉS

SILVERIO.- Dime, Inés, ¿por qué me hace esperar tanto mi tía? ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha enfermado ella, o bien Dorotea ... ?

INÉS.- No, Silverio; ambas gozan de perfecta salud; pero tu tía me ha encargado decirte ... (Aparte). No sé cómo darle este descortés recado.

SILVERIO.- ¿Qué te ha dicho mi tía?

INÉS.- Que no saldrá a recibirte.

SILVERIO.- ¿Por qué razón?

INÉS.- No me ha dicho la causa, sino solamente que tú, como persona que has estudiado en Santiago, debes sacar la consecuencia de esta negativa.

SILVERIO.- ¿Qué significa esta conducta? ¿Acaso he cometido alguna falta que me haga merecedor de tal desprecio? ¿Y Dorotea?

INÉS.- Dorotea me encargó que te dijese lo mismo.

SILVERIO.- ¡Gran Dios! Aquí hay algo que yo no comprendo..., algún chisme, sin duda ... Porque no puedo persuadirme de que Dorotea haya olvidado, sin motivo alguno, sus protestas de amor ... Dime, Inés, ¿me aprecias?

INÉS.- (Conmovida). ¿Yo? ¿Y cómo pudiera no apreciarte, Silverio?

SILVERIO.- Gracias, Inés. Tú eres buena, prima mía, y no dudo de que tu corazón de ángel sabrá comprender mi dolor.

INÉS.- (Aparte). ¡Mi corazón! ¡Si supiera él lo que mi pobre corazón sufre!

SILVERIO.- Querida Inés, dime: ¿qué le has oído decir a mi tía o a Dorotea, de mi?

INÉS.- ¿Yo? Nada ... (Aparte). Cómo he de tener fuerzas para decirle . . .

SILVERIO.- Pero es preciso, Inés, que esta acción de mi tía tenga alguna causa. Es preciso que Dorotea tenga algún motivo serio para romper conmigo. Los vínculos formados por un amor de seis años no se cortan en un día. Sin embargo, Dorotea se ha conducido conmigo, en el baile de anoche, como si yo fuera indigno de su cariño. ¿Por qué esta mudanza tan repentina?

No puedo creer que sea causada por un nuevo amor, porque eso sería insultar a Dorotea. ¡Dime, Inés por Dios, si sabes que alguien haya venido a calumniarme ante ella!

INÉS.- No es eso, Silverio.

SILVERIO.- ¡Ah, Inés! Dices que no es eso: luego tú sabes el motivo de tan repentino desvío. ¡Ah!, dímelo, Inés, por lo que más quieras; ¡hazme saber la causa de mi desdicha, tú que hasta ahora has sido la más querida de mis amigas!

INÉS.- (Aparte). ¡Corazón mío, no me vendas! Antes de contestarte, dime, Silverio, si podrás dejar de amar a Dorotea.

SILVERIO.- ¿Y porqué me preguntas eso? Aun cuando pretendiera olvidar este amor, que ha constituido la dicha de mi corazón y la única aspiración de mi alma

...

INÉS.- (Aparte). ¡Cuanto la ama!

SILVERIO.- Aun cuando lo pretendiera, Inés, yo no podría dejar de pensar en Dorotea.

INÉS.- (Aparte). ¡¡Dios mío! ¡Dame fuerzas para cumplir con mi deber! ¿Ni aun cuando vieras que ella ama a otro?

SILVERIO.- ¡A otro! ¡Eso es! Y tú, Inés, que pretendes ser mi verdadera amiga, ¿me das una noticia que me causará la muerte? ¡Ella ama a otro!

INÉS.- Oye, Silverio; cálmate. Esto no es más que una suposición ...

SILVERIORIO.- ¿Amar ella a otro? ¿Y desde cuándo? Ayer me juraba un amor eterno... Pero ese hombre

la ha seducido con engañosas palabras. Yo debí haberlo comprendido anoche...  
Inés, querida amiga mía, ¡dime a quién ama Dorotea!

INES.- No lo sé, Silverio. (Aparte). ¡Y sin embargo, me sería tan fácil dividirlos!

SILVERIO.- Tienes razón, Inés, para estar enfadada conmigo. Perdóname; he sido injusto contigo, Inés; pero ya sabes el lugar que ocupas en mi corazón. Es imposible hablar contigo sin quererte.

INÉS.- (Aparte). ¡Ah! Si yo no viera en sus palabras otra cosa que el reflejo de su amor por otra mujer.

SILVERIO.- ¿Qué tienes, Inés? ¿Por qué no me contestas? ¡Tú estás enferma!

INÉS.- (Apoyándose en una de las sillas). ¿Yo? No es nada ... El calor de esta pieza ...

SILVERIO.- ¡Feliz tú, amiga mía, que no conoces este dolor de verse despreciado por la persona que uno ama!

INÉS.- (Aparte). ¡Ojalá no lo conociera!

SILVERIO.- Lo que he oído me basta para comprender mi desdicha; pero quiero oír pronunciar mi sentencia por la boca misma de Dorotea. Voy a hablar con mi tía. (Se encamina hacia la puerta de la derecha, a tiempo que don Victoriano aparece en la puerta del fondo).

### ESCENA III

#### Dichos, DON VICTORIANO

D. VICTORIANO.- (En la puerta). ¡Ruperta! ¡Negocio hecho! El hombre se avino a todo... ¡Ah! ¡Silverio! Se me habla olvidado ...

SILVERIO.- Aquí me tiene usted, señor, para recordarle lo que acabamos de hablar ahora poco rato.,..

D. VICTORIANO.- (A parte). En buena me he metido. ¿Qué es lo que quieres, Silverio?

SILVERIO.- QUE me diga el por qué he merecido el desprecio de ustedes.

D. VICTORIANO.- ¡Hombre! ¡Si yo no te he despreciado jamás! Eres el hijo de mi buen cuñado Manuel: ¿ cómo he de despreciar yo a un tan buen muchacho como tú?

SILVERIO.- No obstante, mi tía acaba de enviarme un recado que importa una verdadera despedida de su casa ...

D. VICTORIANO.- Cosas de tu tía, hombre; pero yo no ...

SILVERIO.- COMO usted es el jefe de la familia ...

D. VICTORIANO.- ¿ Quién puede dudarlo?

SILVERIO.- Por eso quiero que usted me explique esta acción de mi tía.

D. VICTORIANO.- ¿ Explicarte yo las acciones de la Ruperta, hombre? Te confieso verdaderamente que, aun cuando yo soy el jefe de la familia, casi siempre me quedo en ayunas de lo que tu tía hace, Ella tiene sus

reglas para todo, y tú, que has vivido en Santiago, debes entenderlas mejor que yo. Pero si no las entiendes, ella te las explicará de pe a pa. (Se encamina a la puerta de la derecha). ¡Ruperta! ¡Ruperta! (Aparte). Esta mujer me suele meter en unos pantanos ... ¡Ruperta!

#### ESCENA IV

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, INÉS, SILVERIO

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Qué gritos son esos, Victoriano? ¿Es esa la manera cómo debe conducirse una persona educada, que ocupa un rango en la edilidad de este pueblo?

D. VICTORIANO.- Perdóname, Ruperta. Hay veces que grito como si estuviera en el campo, porque se me olvida que soy cabildante. Pero aquí está Silverio, que quiere pedirte explicaciones ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Y qué desea que yo le explique, el señor don Silverio?

SILVERIO.- Aunque ahora no merezca el título de sobrino con que siempre me ha honrado usted, quisiera saber por qué me ha enviado con Inés ese descortés recado.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Y de qué te sirve, Silverio, haber estado ocho años en Santiago, si no comprendes lo que te hemos querido significar ?

D. VICTORIANO.- Eso mismo, le he dicho yo. Debiera haberlo comprendido al momento, y no venir a que yo le explicase las acciones de mi mujer.

SILVERIO.- Si esto es una burla, tía, le aseguro que es de mal gusto; y si es de veras ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Pero mira, niño, ¿no echas de ver que cuando la madre de una novia no quiere recibir al novio, es como si le dijera que se da por terminado aquel noviazgo?

D. VICTORIANO.- Esto es evidente.

SILVERIO.- ¿Con que esto es lo que usted me ha querido decir?

D. VICTORIANO.- Eso mismo, hombre. ¿No te decía que ella te lo habla de explicar en un santiamén?

SILVERIO.- Sin embargo, como, este es un asunto que sólo Dorotea debe decidir, espero oír de su propia boca el no que usted me ha querido significar.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Ya que así lo quieres, yo misma iré a buscar a mi hija, sin embargo de que debieras ahorrarnos este modo grosero de darte calabazas.

D. VICTORIANO.- (Aparte a doña Ruperta, mientras ésta va a salir por la puerta de la derecha). Dile a la niña que el hombre ha pasado por todo, y que se ha llevado el arriendo baratito. (Vase doña Ruperta).

## ESCENA V

Dichos, menos DOÑA RUPERTA

SILVERIO.- Señor tío, si yo no hubiera sido testigo, de esta vergonzosa escena, no la creerla; y no entiendo cómo es que ...

D. VICTORIANO.- Pues, hombre, a mí me pasa lo mismo: casi nunca entiendo estas cosas, sino después que la Ruperta me las ha explicado.

SILVERIO.- ¿Qué le contestará usted a su padre, cuando le venga a exigir el cumplimiento de su palabra empeñada?

D. VICTORIANO.- ¿Entonces crees tú que yo tengo obligación de cumplir ... ?

SILVERIO.- ¡Pues no ha de tenerla! Todo hombre debe ...

D. VICTORIANO.- Ya sé que el hombre lo es por su palabra, y el buey por el asta; pero advierte que yo soy un hombre de dignidad concejil, un cabildante de los elegidos por el gobierno; y por consiguiente, puedo faltar, sin menoscabo de mi honor,...

SILVERIO.- ¿Qué dice usted?

D. VICTORIANO.- ES tu tía quien lo dice; y cuando ella lo dice, bien sabido se lo tendrá.

SILVERIO.- Al contrario, señor: por lo mismo que es usted un hombre de dignidad, está más obligado a cumplir lo que promete.

D. VICTORIANO.- ¡Así me salen volviendo loco! Pero aquí viene la Ruperta ...

## ESCENA VI

DON VICTORIANO, Doña RUPERTA, INÉS, DOROTEA, SILVERIO

D. VICTORIANO.- Este es un embolismo que no entiendo, Ruperta. Por un lado. me dices tú que puedo

faltar honorablemente a mis compromisos con Manuel, porque soy cabildante del gobierno; y por otro, me dice Silverio, que no puedo, por la misma razón. Ustedes dos han vivido en Santiago: ¿a quién debo creerle? ¿O bien se usa en la capital dar una misma razón para probar el pro y el contra?

Dª RUPERTA.- Calla la boca, Victoriano, y tú Silverio, oye a Dorotea.

SILVERIO.- Dorotea, para creer lo que mi tía me ha dicho, necesito oírlo de tu propia boca.

DOROTEA.- Ya que tú lo exiges, Silverio, te diré que no puedo ser tu esposa.

SILVERIO.- Pues bien, Dorotea, ya que así lo quiere mi fatal destino, tendré que renunciar a la dicha de vivir contigo. Adiós, ingrata: me voy de este pueblo ...

Me voy a morir lejos de aquí.

INES.- ¡Ah! (Fase Silverio).

## ESCENA VII

Dichos, menos SILVERIO

D. VICTORIANO.- ¡Ruperta! ¡Eres un prodigio para salir bien de los trances apurados! Ven acá y te contaré cómo arreglamos el negocio. Ya la escritura de arriendo se está redactando. (Vase con doña Ruperta).

## ESCENA VIII

INÉS, DOROTEA

INÉS.- No te vayas, Dorotea: ven. Permítele a tu prima y amiga el que te pregunte: ¿has pensado maduramente lo que has hecho?

DOROTEA.- ¿Qué llamas tú pensar maduramente?

INÉS.- Digo si has reflexionado con detención sobre lo que acabas de hacer. Considera que desechas un amante, cuyas buenas cualidades te son conocidas, por otro a quien sólo conoces de nombre. [Advierte que estás segura del amor de Silverio, mientras que el otro sólo te ha dicho al oído palabras que pueden ser falsas). Nada te diré de tus compromisos, ni de tus juramentos de amor, que ya te tenían atada a tu futuro esposo: no te hablaré de esos nudos, que a ti no te era dado desatar, sin degradarte. Sólo te ruego, Dorotea, que reflexiones un momento. Silverio, te ama; y tú lo sabes muy bien. ¿Crees que ese otro pretendiente pueda amarte como él, después de saber que tú has faltado a tus compromisos?

DOROTEA.- ¿Y a qué viene este sermón?

INÉS.- Esto no es un sermón, sino advertencias de amiga. Todavía puedes deshacer el mal que has hecho.

DOROTEA.- ¿Cómo ?

INÉS.- Llamando a Silverio. ¡El te ... ama!

DOROTEA.- ¿Y qué me importa que Silverio me ame, cuando yo amo al otro?

INÉS.- Pero si ese otro, Dorotea, es un ... ¡Vaya! ¡Te digo que no puede amarte, prima mía!

DOROTEA.- ¿Cómo te atreves a decir eso? Sabe que me ama más que a su propia vida ... ¡Pero ya caigo!

INÉS.- ¿Qué dices?

DOROTEA.- QUC ahora vengo a comprender bien el objeto de tus palabras.

INÉS.- Mis palabras son hijas del interés que tu felicidad me inspira.

DOROTEA.- No sólo eso, Inés, no sólo eso: yo creo adivinar el móvil que te impulsa.

INÉS.- No puedo negarte que también me interesa la suerte de Silverio.

DOROTEA.- No me refiero a Silverio, cuando pienso que tú te interesas por alguien. ¡Te he adivinado, Inés!

INÉS.- No sé lo que quieres decir, Dorotea).

DOROTEA.- Quiero, decir que tu verdadero interés es que quede libre Faustino Quintalegre.

INÉS.- ¿Yo? ¿Estás loca?

DOROTEA.- Lo he conocido desde las primeras miradas que le lanzaste; pero no seas insensata, Inés; no mires tan alto, que eso se queda para las que tenemos mejor posición social. Guarda tus consejos para otra más necia que tú. (Vase).

## ESCENA IX

### INÉS

INÉS.- ¡Más necia que yo! ¡Tienes razón, Dorotea! Ha sido una necesidad de mi parte el pretender que

marches por el camino de la razón. [¿Yo amar a ese hombre, a quien ni aun podría odiar por el mal que ha hecho?]. Si estuviera para reír, me reiría; ¡pero mi pobre corazón sólo late de dolor en este momento! [Es preciso que Dorotea sea muy necia, para que no haya conocido la repugnancia con que le aconsejaba que llamase a Silverio. Mas ¿podía yo aconsejarle otra cosa?]. La dicha de Silverio es mi propia dicha; y aun cuando su unión con Dorotea abra un verdadero abismo entre nosotros, quiero verlo feliz al lado de la mujer que ama ... Y, sin embargo, esta idea me punza el corazón, sin poderlo remediar ... ¡Gracias, Dios mío, por haberme dado fuerzas para cumplir con el deber que me he impuesto de ocultar este amor que forma mi mayor delicia y más cruel martirio!

#### ESCENA X

#### INÉS, SILVERIO

SILVERIO.- (Saliendo precipitadamente por la puerta de la izquierda). ¡Inés! ¡Inés querida! ¡Eres un ángel!

INÉS.- Silverio! ¿Qué haces? ¡Dios mío! Yo ...

SILVERIO.- Deja, Inés, que te abrace de rodillas; deja que bese tus plantas; ¡déjame pedirte perdón por no haber sabido adivinar que me amabas!

INÉS.- ¿Qué dices?

SILVERIO.- Cálmate, Inés. Cuando salí de aquí, ha

ce poco, entré en esa pieza, por el corredor. (Mostrando hacia la Izquierda). ¡Lo he oído todo desde ahí!

INÉS.- ¡Gran Dios! ¡Me he vendido!

SILVERIO.- No, Inés, tú te has dado a conocer. ¡Bendita sea la hora en que te he conocido, ángel de bondad! Tú abogabas por mi, contra tus más ardientes deseos; y ahogando tus lágrimas, que caían como una lluvia de espinas sobre tu corazón, no te acordabas sino de mi felicidad. ¿Cómo he podido verte sin amarte? He sido un loco, Inés; un loco que corría fascinado tras de una luz fosfórica, sin reparar en la amorosa luz de tus Ojos. ¡No te diré ahora que te amo, Inés querida! ¡Tú no me lo, creeras, porque aun resuenan en este lugar mis palabras de amor dirigidas a otra mujer! Adiós. (Vase).

## ESCENA XI

### INÉS

INÉS.- ¡Ah, vuelve, vuelve! ¡Si, te creo, Silverio! Pero ¿ qué es lo que digo ? ¡ Insensata de mí! ¿ No pueden sus palabras ser hijas de la gratitud, antes que del amor? Yo sé que él no ha de querer engañarme, al decir que me ama; pero ¿cómo he de creer que me ama, cuando acabo de ser testigo de sus palabras de amor dirigidas a Dorotea? [Sin embargo, puede haberse curado de su pasión por mi loca prima. Dorotea no sabe amar, y es incapaz de inspirar un amor verdadero.

¿Cómo podría ser feliz Silverio con el amor de una mujer que no sabrá jamás estimar las prendas de un amante como él?]. Y yo, que siento en mi la conciencia de poder hacer su felicidad, ¿he de dejarlo hundirse en la desgracia, sin tenderle una mano, que sabrá mejor que ninguna otra enjugar sus lágrimas? ¡Sí! ¡Seré al fin feliz, amándolo ante todo el mundo, yo que he tenido que ocultar este amor durante tantos años de martirio! Mas, ¡oh, Dios mío! ¡Estoy delirando! (Llora).

## ESCENA XII

INÉS, DOÑA RUPERTA

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Inés, ¿por qué lloras?

INÉS.- ¿yo, tía? No ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- En balde tratas de ocultármelo: Dorotea me lo ha dicho todo.

INES.- ¿Y qué le ha dicho mi prima?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Tu prima? ¡Siempre luciendo el parentesco! Pero mejor sería que tratases de merecerlo, imitando a Dorotea. ¡Crees tú que con ser pariente de una persona encumbrada se gana algo, si una no hace nada por elevarse a esa altura! Aun cuando tú seas prima de tu prima, ella será siempre la primera, y tú la segunda: no lo olvides.

INÉS.- ¡Ojalá pudiera olvidar, tía, los malos tratamientos que no merezco!

D<sup>a</sup> RUPERTA.-¿Y todavía te crees más merecedora? Después de que te tenemos en casa, y te damos un abrigo, a la sombra de nuestra familia, y te elevamos a nuestra altura, y te ponemos en contacto con nuestra escogida sociedad; después de hacer tanto por ti, ¿vienes a decirme en mi cara que te crees más merecedora? Eres una ingrata y presuntuosa, pues sólo a tu atrevimiento le es dado pensar en el amor de Faustino.

INÉS.- ¿Yo, tía? ¿Yo?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Si, sobrina, tú, tú! No, debieras ver sino los favores que has recibido en esta casa, para no arrebatarle su amante a Dorotea.

INÉS.- ¡Si no pienso en tal cosa, tía de mi alma!

RUPERTA.-Y aunque lo pensaras, convéncete de que eso es una locura. ¿ Crees poder competir con mi hija, porque tienes esa carita de muñeca inglesa? No, Inés; tú estás muy lejos de poseer las distinguidas maneras de tu prima; y esto es lo que más estiman los mozos de Santiago, como Faustino. También estás tú muy distante de poseer la rica dote de mi hija; y no creas que esto es lo que los mozos de Santiago estiman menos.

INÉS.- Tía, una vez por todas le diré a usted que yo no me estimo en tan poco, para que desee casarme con ese caballero.

RUPERTA.- ¿No digo yo, pues? ¿Acaso piensas casarte con un príncipe?

## ESCENA XIII

Dichos, DON VICTORIANO

D. VICTORIANO.- Así es Inés; con un príncipe, no. Créele a tu tía, porque ella dice siempre lo justo.

INES.- ¡Ah, tío mío! Usted es bueno, y no puedo dejar de hallar un apoyo en su corazón. (Lo abraza). ¿En dónde lo buscaré sino en el hermano de mi madre? (Llora).

D. VICTORIANO.- ¡No llores, Inés, hija mía! Dime, Ruperta, ¿qué le estabas diciendo a esta pobrecita? ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Le estaba enseñando los usos sociales ...

D. VICTORIANO.- Consuélate, Inés: esto no es sino que tu tía te estaba enseñando los usos sociales.

INÉS.- Yo no quiero un maestro que sea mi verdugo. Acuérdesse, tío, de que mi madre, al morir, me dejó encargada a su cariño de usted ...

D. VICTORIANO.- Dices bien. ¡Pobre hermana mía! Mira, Ruperta, enséñale a Inés los usos sociales; ¡pero no a modo de verdugo!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Yo verdugo! ¡Y te atreves a decirlo, Victoriano!

D. VICTORIANO.- Yo no me atrevo, mujer: lo que yo digo es ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Debieras ver que esta muchacha criada en los campos, tiene todos los resabios de una provinciana; y si ha de vivir con nosotros, es preciso que bote el pelo de la dehesa.

D. VICTORIANO.- Eso es lo mismo que yo digo. Mira, Inés, es preciso que se te quiten esos resabios, y que botes el pelo de la ... ¿cómo dijiste, Ruperta?

D<sup>a</sup>. RUPERTA.- Oigo pasos ... El es, sin duda. (A Inés). Vete para adentro, y dile a tu prima que salga al salón.

D. VICTORIANO.- Tal vez será el escribano, que viene con la escritura para que yo la firme. (Asomándose a la puerta del fondo). ¡Ah, no! Es Manuel.

#### ESCENA XIV

DOÑA RUPERTA, DON VICTORIANO, DON MANUEL

D. MANUEL.- Si, Victoriano, yo soy, que vengo a preguntarte desde cuándo ...

D. VICTORIANO .- Pregúntalo a la Ruperta, Manuel. Yo no sé desde cuándo ...

D. MANUEL.- Digo, ¿desde cuándo has dejado de ser hombre?

D. VICTORIANO.- ¿YO he dejado de ser hombre? Pregúntaselo a la Ruperta ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Déjalo hablar, Victoriano.

D. MANUEL.- No eres hombre, desde que olvidas tus compromisos, Victoriano.

D. VICTORIA- No.-¡ Ah!

D. MANUEL.- ¿Qué delito ha cometido mi hijo Silverio, para que ustedes le nieguen la mano de Dorotea? Tú has olvidado tu palabra empeñada; mi her

mana Ruperta ha llegado a desconocer ¡os vínculos de la sangre, y el amor de Dorotea se ha convertido en odio. Ahí me encontré en la calle con el pobre muchacho, que iba huyendo de esta casa, como un loco. ¿ Por qué han alimentado ustedes las esperanzas de mi hijo, si al fin habían de cometer con el tan negra felonía? ¿Es así como se conduce una familia honorable? ¿Piensa de este modo alcanzar Dorotea fama de mujer honesta y prudente? Y tú, victoriano, ¿dime si tus padres te enseñaron a ser honrado, faltando a tu palabra?

D. VICTORIANO.-(Aparte). ¡Esto es lo que me sucede por creerle siempre a mi mujer! Mira, Ruperta: bastantes veces te repetí que no nos era dado faltar a nuestros antiguos compromisos.

Dª RUPERTA.- Calla, Victoriano; tú, Manuel, óyeme. En primer lugar, no debes admirarte de que Victoriano te falte a su palabra, pues según los usos admitidos en toda sociedad culta, el padre no puede obligar a su hija que dé su mano a quien no ama, sin ser un tirano ...

D. VICTORIANO.- Ya ves, Manuel, que yo no puedo tiranizar a Dorotea.

D. MANUEL.- Yo no pretendo que la tiranices; sino que ejerzan ustedes sobre ella la influencia de padres, para que la muchacha no haga disparates. Y si no, díganme ¿qué han hecho ustedes para disuadirla de su locura?

D. VICTORIANO.-(Aparte). Aquí si que tiene razón Manuel. Es verdad, Ruperta, que hemos andado un poco ligeros en...,

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Te callarás al fin? Cuando se trata de la felicidad de los hijos, toda prontitud es tardanza. ¿Querrías tú que por andar mirando en detalles, dejáramos escapar la oportunidad de establecer ventajosamente a nuestra hija?

D. VICTORIANO.- Es evidente, Manuel. ¿Cómo hablamos de dejar escapar esta oportunidad?

D. MANUEL.- No comprendo.

D. VICTORIANO.- Aun cuando no entiendas, hombre, créele a la Ruperta, pues nadie sabe más que ella en esto de las oportunidades.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Ahora, por lo que toca al repentino cambio de Dorotea, bien echarás de ver, Manuel, que una niña de tan exquisita sensibilidad y criada en tanto regalo, está expuesta a sufrir repentinos trastornos en su corazón.

D. VICTORIANO.- (Aparte). ¡Esta mujer es el diablo, Dios me perdone! Tiene razones para todo. Si, Manuel, convéncete de que estas son cosas que pasan en Santiago todos los días.

D. MANUEL.- ¡ Bonita razón! ¿Y qué me importa a mí que en Santiago, obren así? ¿No es bueno sino que nosotros los provincianos hemos de ser lo mismo que los monos, para andar a la santiaguina, comer, hablar y casar a nuestros hijos a la santiaguina? ¿No somos acá cristianos de veinticinco arriba, para que necesitemos ver cómo saludan, cómo bostezan y como estornudan allá en la capital? ¿Qué te parece, Victoriano? ¿Somos acaso unos niños de teta, para no conocer los pies que nos cargan? ¿Por qué hemos de con

vertirnos en títeres, para que los santiaguinos jueguen con nosotros ?

D. VICTORIANO.- ¡ Eso si que no! Todo podemos ser; ¡pero no títeres! ¿No te parece, Ruperta!

Dª RUPERTA.- Lo que me parece es que tú debes oír y callar.

D. VICTORIANO.- (Aparte). Esta mujer quiere que yo viva oyendo y callando.

Dª RUPERTA.- Dime, Manuel, ¿qué cosa más puesta en razón que imitar en todo y por todo a nuestra capital, que es nuestro centro de civilización, de riqueza, de buen gusto ... ?

D. VICTORIANO.- (Aparte). Está de Dios que esta mujer tenga razón siempre. Ya ves, Manuel, que Santiago es nuestro centro ...

D. MANUEL.- De todo lo bueno y de todo lo malo. Por, eso digo que debemos, imitarlo sólo en aquello que Dios manda, así como ellos nos deben imitar a nosotros, en lo poco o mucho que tengamos de razonable.

D. VICTORIANO.- En cuanto a eso, es claro que Santiago nos debe imitar ...

Dª RUPERTA.- ¿ Estás loco, Victoriano? ¿Cómo puedes dejarte convencer por tales razones?

D. VICTORIANO.- No se te dé nada, Ruperta: aun cuando Manuel me convenza veinte veces ... (Aparte). ¡Mi voto será siempre tuyo!

D. MANUEL.- Pero después de todo, yo quisiera saber cuál es el novio por quien Dorotea desprecia a mi hijo.

Dª RUPERTA.- El novio es nada menos que ...

D. VICTORIANO.- Dé, ame, Ruperta, que esto me toca responderlo a mi: y tú, Manuel, nos hallarás razón, cuando sepas que el novio que pretende a Dorotea es nada menos que nuestro diputado ...

Dª RUPERTA.-Y vas a conocerlo, porque aquí viene.

#### ESCENA XV

Dichos, FAUSTINO, EL ESCRIBANO

*(La escena se divide en dos grupos. Hacia la izquierda don Victoriano y don Manuel, hablan en voz baja; hacia la derecha, se ponen doña Ruperta, Faustino y el escribano a conferenciar sobre el arreglo de la escritura indicada en el diálogo).*

FAUSTINO.- Señora, a los pies de usted ... Señor don Victoriano, aquí trae el señor escribano la escritura hecha, para que usted la lea y la firme.

Dª RUPERTA.- Pase usted para acá, señor Quintalegre. Aquí leeremos la escritura en comité.

D. VICTORIANO.-D ices bien, Ruperta; yo la leeré después. *(Se vuelve a donde está don Manuel).*

D. MANUEL.- ¿Con que este pájaro es nuestro diputado ?

D. VICTORIANO.-SI, hombre; pero no creas que es un diputadillo de esos que bota la ola; sino todo un

diputado de los de buena ley, de los elegidos por el Supremo Gobierno.

D.MANUEL.- ¡Así será él!

D. VICTORIANO.- Un diputado, hombre, de esos que no pierden votación jamás, porque nunca dejan de tener razón: ahí tienes al que va a ser mi yerno.

D. MANUEL.- Buena oro te haga, Victoriano. Ya tenla yo noticias de tal pajarraco.

Dª RUPERTA.- Aquí falta una coma, señor escribano ... Mire usted: ¡esta palabra debe escribirse con letra mayúscula!

D. VICTORIANO.- Mira, Manuel, ¡qué mujer tan sabia es tu hermana! No se le escapan ni las comas, y es capaz de enseñar a escribir al mismo escribano.

D. MANUEL.- ¿Qué escritura es esa?

D. VICTORIANO.- Voy a contarte. (*Hablan en voz baja*).

Dª RUPERTA.- Estos dos puntos deben ser punto y coma.

ESCRIBANO.- Lo pondremos así, señora. (Toma la pluma y escribe).

Dª RUPERTA.- Si, señor escribano; es preciso cuidar mucho de la puntuación. Mire que yo he visto en Santiago pleitos ruidosísimos ocasionados por un punto y coma. ¿No es verdad, señor Quintalegre?

FAUSTINO.-¿Y cómo podría dejar de serlo, diciéndolo usted, señora mía?

[Dª RUPERTA.-*(Aparte)*. Cuando en estos asuntos comerciales es tan galán, ¿qué será en los asuntos del corazón ?

FAUSTINO.- (Aparte). Con tal que el viejo pase por el precio que le he puesto al arriendo, yo pasaré por todas las comas y puntos de la señora].

D. VICTORIANO.- ¡Pero, hombre de Dios! ¿Por qué te parece mal este caballero, cuando ya te digo que es de los elegidos por el gobierno; y siendo así, claro es que no será un rana.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Vea, señor escribano; agregue usted esta clausulita que acabo de redactar.

ESCRIBANO.- Muy bien, señora. (*Escribe, mirando el papel que le ha pasado doña Ruperta*).

FAUSTINO.- (Aparte). ¿Y es permitido agregar cláusulas a la escritura, sin consultarme? ¿Qué sería si ya fuese mi suegra? Pero no lo será, gracias a Dios.

D. VICTORIANO.- ¿Te parece que el gobierno es un tonto, para que no sepa elegir de lo mejor? Ya ves tú que yo también soy municipal de los elegidos por la gubernatura.

D. MANUEL.- (Aparte). Quiero conocer de cerca a esta buena alhaja. Mira, Victoriano, será bueno que me presentes a él, porque al fin y al fallo, ha de ser mi sobrino político.

D. VICTORIANO.- ¡Ah, ya sabía yo que al cabo te hablas de dar a la razón! (Se acerca al otro grupo). ¿Está ya en punto de firmar, señor escribano?

ESCRIBANO.- En dos minutos más, señor.

D. VICTORIANO.- (Aparte a doña *Ruperta*). Oye, mujer; he convencido a Manuel. Quiere amistarse con nuestro yerno. Es preciso que se lo presentes con todas las formalidades de estilo.

D<sup>a</sup> RUPEPTA.-*(Aparte a don Victoriano)*. muy bien: dile a Manuel que se acerque.

[FAUSTINO.-*(Aparte)*]. En atrapando el arriendo, ya veré cómo deshacerme del matrimonio].

D. VICTORIANO--*(Aparte a don Manuel)*. Ven acá, Manuel; Ruperta te presentará: yo no he podido acertar jamás, en esto de las presentaciones.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Señor Quintalegre, tengo el honor de Presentarle a mi hermano Manuel, tío de Dorotea.

FAUSTINO.- Tanto la cualidad de hermano de usted, señora, como la de tío de Doroteita, son más que suficiente motivos para que el señor don Manuel encuentre siempre en mi un amigo de corazón y un ser vicio decidido.

D. MANUEL.- Mil gracias, señor. Ojalá alcance a Merecer con mi sincera amistad el honor de la suya. *[(Habla en voz baja con Faustino)*.

D<sup>a</sup> RUPERTA.-*(Aparte a don Victoriano)*. ¿Y cómo pudiste reducir a Manuel?

D. VICTORIANO.- *(Aparte a doña Ruperta)*. Es que yo también tengo mi elocuencia. Ya sabes que jamás pierdo cuestión en el cabildo].

D. MANUEL.- Porque siendo usted el diputado elegido por este departamento ...

D. VICTORIANO.- ¡No, Manuel! ¡Mucho mas que eso todavía! ¡Ya te he dicho que el señor es elegido por el ministerio!

D. MANUEL.- ¡Bah! ¿Por acaso el ministerio es el encargado de elegir por nosotros?

D. VICTORIANO.- ¡Qué hombre éste tan sin expe-

riencia del mundo! No es el ministro, sino el señor gobernador el encargado de elegir nuestros diputados.

D. MANUEL.- ¡Ah, dices bien!

D. VICTORIANO.- (Aparte a *Faustino*). *Dispénsele*, señor, estas inocentadas al pobre Manuel. Es un hombre (le provincia, que no está 1 al corriente de los usos de Santiago.

D. MANUEL.- Sin duda que ha merecido usted representarnos en el Congreso, por el mucho conocimiento que tendrá de nuestro departamento.

FAUSTINO.- Es la primera vez que vengo aquí, señor (Aparte). Yo creo que este provinciano tiene mar, de pillito que de tonto.

D. VICTORIANO.-¿Y cine necesidad tiene el señor Quintalegre de trajinar por todo el departamento, para conocerlo de punta a cabo? ¿No ves que este caballero es de la capital, que es donde está el centro, como dice la Ruperta, el centro de ... el centro, en una palabra ?

D. MANUEL.- Sin embargo, como es preciso conocer prácticamente nuestras localidades, para ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Sabe, Manuel, que una persona educada en Santiago, conoce por la geografía, las provincias mucho mejor que todos los provincianos juntos.

D. MANUEL.- Pero yo quisiera saber cómo una, persona que no ha pisado nuestro departamento, puede conocer nuestras necesidades locales ...

D. VICTORIANO.- ¡Qué cabeza! ¡Las conoce por la geografía, pues, hombre! No parece sino que fueras rojo, por las inocentadas que dices.

[ FAUSTINO.- (Aparte). Yo creo que este pícaro viejo se quiere reír de mí. Pero ya es tiempo de firmar, señor don Victoriano.

ESCRIBANO. La escritura sólo espera las firmas.

D. VICTORIANO.- ¡PUCS, entonces, manos a la obra! Tome usted la pluma, señor don Faustino.

FAUSTINO.- Sírvase usted firmar primero, señor mío.

D. MANUEL.-¿Y Dorotea? ¿En dónde está mi sobrina? ¿No sería bueno, Ruperta, que viniera a presenciar este acto?

Dª RUPERTA.- Dices bien, hermano mío. (Se acerca a la puerta *de la derecha*). ¡Dorotea! ¡Dorotea!

#### ESCENA XVI

DON VICTORIANO, DON MANUEL, DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA,  
ESCRIBANO

FAUSTINO.-*(A Dorotea)*.-Soy muy feliz, señorita, con haber tenido el placer de verla a usted dos veces en este día. *(Habla en voz baja con Dorotea)*.

Dª RUPERTA.-*(Sujetando de un brazo a don Victoriano, para que no se acerque a Faustino)*. ¡Déjalos que hablen un rato a solas, hombre de Dios!

D. VICTORIANO.-*(Aparte)*. Y será bien visto, Ruperta, que sin estar casados todavía ...

Dª RUPERTA.-*(Aparte)*. ¡No seas tonto! Déjate de esas antiguallas.

D. VICTORIANO.- ¡Bueno! ¡Bueno! Traiga la pluma, señor escribano, para estampar mi firma. (Toma la pluma, y se prepara a firmar). Yo necesito de tiempo, para esto de firmar.

D. MANUEL.- (Aparte a doña *Ruperta*). *Mira*, Ruperta, yo creo que el diputadito no desea tanto casarse con Dorotea, como obtener el arriendo barato.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (A parte a *don Manuel*). ¿Que no desea casarse, cuando está que se le hace agua la boca por la muchacha?

D. MANUEL.- (Idem). Pues observa cómo se va a poner pálido, con lo que voy a decir. No firmes todavía, Victoriano.

D. VICTORIANO.- ¿Que no firme, cuando llevo más de la mitad del nombre puesto?

D. MANUEL.- Es que quiero hacerte presente una cosa, como también al señor Quintalegre.

FAUSTINO.- ¿Qué cosa, señor don Manuel?

[DOROTEA.- (Aparte). ¿Y me deja sin contestarme lo que le pregunto?].

D. MANUEL.- Es el caso que, como Victoriano le compró esa hacienda a don Pedro Camus, el cual acaba de quebrar en Concepción ...

D. VICTORIANO.- ¿Y qué tiene que ver la quiebra de don Pedro Camus -con esta firma, que ya tengo medio trabajada? Es cierto que le compré la hacienda a don Pedro, y por más señas se la pagué en onzas de oro. Si él ha quebrado, peor para sus acreedores.

D. MANUEL.- Pero sabes que Camus te vendió una estancia que no le pertenecía ...

FAUSTINO.- ¿Cómo es eso?

D. VICTORIANO.- No te entiendo, Manuel.

D. MANUEL.- Pues voy a explicártelo. La hacienda de la Rinconada fue legada, ahora setenta años por su dueño, al convento de San Francisco; pero habiéndose extraviado el testamento, pasó el fundo, de mano en mano ' hasta llegar a poder de don Pedro. Ahora ha aparecido el dicho testamento, que yo he visto por mis propios ojos; y el sindico del convento piensa ponerte pleito. Yo les hago esta advertencia, para que después no haya entre ustedes tropiezo alguno. La buena fe antes de todo.

D. VICTORIANO.-¿ Pero será verdad?

D. MANUEL.- Para que veas que es cierto el caso, voy a pedirle al sindico ciertos papeles, que lo ponen de manifiesto.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Ve, Manuel; ¡corre, hermano mío! ¿Cómo es que no sabíamos esto?

D. MANUEL.- Voy corriendo: en un cuarto de hora estoy de vuelta. (Fase).

## ESCENA XVII

Dichos, *menos DON MANUEL*

ESCRIBANO.- Si ello es verdad, como debemos creer. lo, desde que el señor don Manuel lo ha dicho, paréceme, señores, que ustedes no deben firmar, hasta no examinar bien esos documentos.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Así es, señor escribano. Puede usted retirarse; y en cuanto veamos esos papeles ...

ESCRIBANO.- Con el permiso de ustedes, mis señores. (Vase).

#### ESCENA XVIII

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (Aparte). Creo que Manuel tiene razón: Faustino se ha impresionado más de lo que debiera. Ya que hemos quedado solos y como en familia, voy a decirle a usted una cosa, señor Quintalegre.

FAUSTINO.- Hable usted, señora, que nuestro deber es oír ...

D. VICTORIANO.-Sí; ese es nuestro deber. (Aparte). Y callar, además, como dice la Ruperta.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Ya mi marido me ha hablado del honor que usted nos hace en pretender la mano de nuestra hija ...

FAUSTINO.- Señora, cuente usted con mi eterna gratitud, por haber consentido en mi felicidad.. .

DOROTEA.- (Aparte a *Faustino*). Y sin embargo, usted me ha dejado con la palabra en la boca, cuando habló mi tío.

FAUSTINO.- ¡Ah! Perdone usted, Doroteita ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Calla, niña. Usted, señor don Faustino, sepa que hemos convenido con Victoriano, des

de algunos años atrás, en dar nuestra estancia de la Rinconada al esposo de Dorotea, para que trabaje en ella.

D. VICTORIANO.- (Aparte). No me acuerdo de ese convenio; pero ...

Dª RUPERTA.- Ahora, ya sea verdad o no la noticia que nos ha dado Manuel, debemos comenzar por...

FAUSTINO.- ¿Por firmar la escritura?

Dª RUPERTA.- ¡No, no!

FAUSTINO.- Es que, si no hubiera nada que temer de ese testamento, podríamos arreglar primero el negocio del arriendo, y después ...

DOROTEA.- ¿Esa es la fuerza de su amor, señor mío?

FAUSTINO.- Adorada Dorotea, si pienso antes en el arriendo que en nuestra unión, es por darte una mayor prueba de mi cariño. ¿No ves, hermosa mía, que si comenzara por casarme, podía alguien decir que me habla casado contigo por obtener la estancia? Prefiero el que digan que arriendo el fundo, con el fin de acercarme a tu hermosura.

Dª RUPERTA.- A pesar de eso, señor Quintalegre, no hemos de faltar a lo que hemos convenido con mi esposo, que está Presente.

D. VICTORIANO.- ¡Sí, señor Así lo hemos convenido. (Aparte). ¡Esta mujer me hace mentir a cada rato, con sus usos sociales! Y como usted no debe ignorarlo, cuando marido y mujer convienen en una cosa, es preciso ...

Dª RUPERTA.- Primeramente se casará usted, y después recibirá la hacienda, pues yo creo que la noticia de Manuel es falsa.

D. VICTORTANO.- (Aparte). ¡Ahora sí que entiendo! La Ruperta teme ... ¡Esta mujer vale un Perú!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (A *Faustino*). *Usted* tiene un cuarto de hora para resolverse. Luego llegará Manuel, y veremos que crédito merecen sus noticias. Sírvase usted aguardarnos aquí, mientras tanto.

D. VICTORIANO.- Hasta luego, señor don Faustino. (Aparte a doña *Ruperta* al salir por la puerta *de la derecha*). ¡Ah! ¡Ruperta! ¡Tú sabes más que Salomón! (*Vanse*).

## ESCENA XIX

### FAUSTINO

FAUSTINO.- ¡Y se van! ¡Pues, señor, estoy en capilla!

*Cae el telón*

## ACTO TERCERO

### ESCENA I

#### FAUSTINO

FAUSTINO.-Pero ¿quién habla de imaginarse que estos provincianos fuesen capaces de adivinar mis intenciones? [Ya comienzo a creer que no tendrá lugar este arriendo, y es lástima, porque el negocio prometía una fortunita, en tres o en cuatro años. Doña Ruperta no volverá atrás; y como a mi me será imposible cumplir con la condición impuesta ... ¡No es nada! ¡Casarme con su hija! Ni aun cuando me la dieran confitada, jamás podría yo tragar una almendra tan amarga. Presuntuosa, ignorante, casquivana, amiga del lujo y de las diversiones ... ¡Vaya! Tiene todas las generales de la ley, y luego, fea,, con la señora suegra de yapa... Ni aun cuatro haciendas juntas como la de la Rinconada alcanzarán a neutralizar tan gran número de cualidades ... ¡Sí, señor Esta muchacha es un verdadero tesoro de inconvenientes para la felicidad conyugal ... Que la goce otro, con Rinconada y todo, ya que la señora madre no quiere entregar el fundo, sino entregando también a la niña]. Pero ¿cómo dejar escapar este negocio? Si no estuviera de por medio la señora suegra, nada me costaría llevar del cabestro a don Victoriano ... Y luego este otro viejo de don Manuel que ha venido a echar bolas a la raya ... [Estos pro-

vincianos, cuando no son tontos, se hacen tontos... Es para lo que tienen habilidad... Pero si llego a averiguar que el tal don Manuel se ha querido burlar de mi, nos veremos las caras ... 1. De todos modos, seguiremos la farsa, y lo que suene sonará. Puede ser que don Victoriano caiga en el garlito, a pesar de su maliciosa mujer ... Lo importante es seguir enamorando a Dorotea, ¡y su amor me servirá de anzuelo para coger este suspirado arriendo ... ¡Oh!, ¡Farsa, farsa! Tú eres la reina del mundo, y dictas la ley al vulgo de las gentes. Si la farsa de mi popularidad me ha dado un asiento en el Congreso, ¿por qué la farsa de mi amor no me ha de proporcionar un arriendo productivo? [Sigamos, pues, la farsa, que todo lo puedo esperar de mi talento y de la simpleza de estas gentes, que es en lo que consiste el talento de muchos]. (Saca *el reloj*). pero ya se ha pasado casi el doble del tiempo, y doña Ruperta no viene ... Estos provincianos andan siempre con el reloj atrasado.

## ESCENA II

FAUSTINO, DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Señor Quintalegre, ¿ha reflexionado usted sobre lo que le conviene hacer?

D. VICTORIANO.- ¿Ha reflexionado usted?

FAUSTINO.- Si, señor ya he tomado mi partido. No firmaré la escritura de arriendo.

D. VICTORIANO.-¿ Por qué?

Dª RUPERTA.-¿ Renuncia usted a la mano de nuestra hija?

FAUSTINO.- Ah, señora! No diga usted eso. ¿Cómo ha de renunciar el hambriento al sabroso manjar que se le presenta? ¿Cómo no ha de querer el ciego la luz para sus ojos? ¿Cómo ... ?

Dª RUPERTA.-Y entonces, ¿por qué renuncia usted ? ...

D. VICTORIANO.- Si, señor, ¿ por qué renuncia?

FAUSTINO.- Doroteita es la luz de mis ojos, el delicioso manjar de mis apetitos, el abrigo de mi corazón el delicioso, néctar de mi sed ...

D. VICTORIANO.- Pues, entonces, arrienda usted La Rinconada, y tendrá néctar y abrigo, y...

FAUSTINO.- No, señor; he pensado seriamente en este asunto. Si ustedes no están arrepentidos, si Doroteita sigue correspondiendo a mi amor, seré su esposo; pero no puedo obligarme a tomar la estancia en arriendo, ni cosa parecida.

D. VICTORIANO.- Lo siento, señor, porque como yo estoy ya viejo, quería separarme de los trabajos del campo, y darle la estancia al marido de mi hija, por un canon bajo.

FAUSTINO.- Pero es el caso, señor, que yo no soy hecho para vivir en el campo; y si Dorotea quiere seguirme a Santiago ...

Dª RUPERTA.- Lo seguirá, amigo mío, lo seguirá\* a usted hasta el mismo París y Londres, si quiere, por

que no hay niña mas dócil y condescendiente que mi hija.

FAUSTINO.- Pues entonces, ponga en conocimiento de su preciosa hija mi última resolución.

Dª RUPERTA.- Así lo haré; pero como esta muchacha es tan sentimental, no extraño que desee la realización ...

FAUSTINO.- ¿Del dulce vinculo? Hoy mismo, si ustedes quieren.

D. VICTORIANO.- ¿Hoy? Pero si no se ha arreglado nada todavía.

FAUSTINO.- Entonces mañana u otro día ...

Dª RUPERTA.- Mientras más pronto se hagan estas cosas, tanto menos sufre el honor de las niñas.

D. VICTORIANO.-Y será bien visto, mujer, que así tan de repente ...

Dª RUPERTA.- El bien parecer consiste en seguir los usos sociales; y las leyes del buen tono nos permiten acelerar el acto. ¡ Si tú supieras lo, al vapor que se arreglan en Santiago los asuntos amorosos! Allá en lo antiguo, todo era trabas para el sagrado nudo; pero ahora se ata con todas las facilidades que el siglo diecinueve presenta.

[D. VICTORIANO.-¿Y se desata lo mismo?

Dª RUPERTA.- El cura es mi amigo, y tiene permiso para dispensar todas las formalidades, pues está lo principal, que es la voluntad de los contrayentes.

D. VICTORIANO.-[Aparte). Según como marcha este siglo, llegará a dispensarse hasta las mismas bendiciones].

Dª RUPERTA.- ¿No le parece a usted, amigo Quintalegre?

FAUSTINO.- Sí, señora: estoy dispuesto para que hoy mismo el señor cura me dé el derecho de llamarme hijo de ustedes. Ahora permítanme ir a disponerme como conviene.

Dª RUPERTA.- Muy bien. Vaya usted, hijo mío y Dorotea cumplirá con su deber, como niña sumisa.

FAUSTINO.- (Aparte). Pero ¿cómo me llevo al viejo a la escribanía ?

Dª RUPERTA.- Tú, Victoriano, debes ir al momento a decirle al cura que deseo hablar con él.

FAUSTINO.- (A don Victoriano).-¿ Sale usted? Pues tendré el gusto de andar algún trecho con mi señor suegro.

D. VICTORIANO.- ¡Qué me place! Vamos, amigo mío. ( Vanse).

### ESCENA III

#### DOÑA RUPERTA

Dª RUPERTA.- ¡Se hará hoy mismo! A mí me gusta la actividad de estos asuntos.

### ESCENA IV

#### DOÑA RUPERTA, DOROTEA

DOROTFA.- (Llorando). ¡Mamá, mamá! Estoy muerta.

Dª RUPERTA.- ¡Ahí, niña!, ¿qué tienes?

DOROTEA.- ¡Mamá de mi vida! No sé cómo decirle lo que he visto. ¡Soy muy desgraciada!

Dª RUPERTA.- Pero ¿me dirás al fin qué significa ese llanto ?

DOROTEA.- Este llanto significa que yo soy muy infeliz ... Lo he visto por mis propios ojos.

Dª RUPERTA.- ¿Qué has visto, por Dios

[DOROTEA.- Mi desdicha ... Soy muy ...

Dª RUPERTA.- Habla, Dorotea,, porque sí no ...

DOROTEA.- Voy a decirle: Ha de saber que por la ventana del cuarto de mi papá, estaba ahora hablando Inés con el traidor de Silverio.

Dª RUPERTA.-¿ Inés?

DOROTEA.- Ella era. ¡La vi con estos dos ojos! En la calle estaba Silverio ... Es un desleal, un traidor ... ¡Y después de haberme jurado que no amarla nunca sino a su Dorotea! Estoy segura de que le juraba a Inés un amor eterno.

[Dª RUPERTA.- ¡No se te dé nada! ¡Yo sabré castigar la liviandad de esa muchacha!

DOROTEA.- ¡Que no se me dé nada, cuando aún resuenan en mis oídos los juramentos de amor de ese embustero! ¿No ve usted que él se ha estado burlando de mi todo este tiempo?]. Lo aborrezco, mamá, lo aborrezco ... ¡Y crea usted en el amor de los hombres! (Llora). ¡Ah! ¡Soy muy ... des gra ... cia ... a ... daaa!

Dª RUPERTA.- ¡Qué Muchacha tan sentimental! [No llores; cálmate ... Lo mismo que yo cuando tenía su edad ... Déjate de llantos. ¿Qué te importa que

Silverio te ame o no, cuando tú puedes estar segura del amor de Faustino?

DOROTEA.- ¿Y cree usted que lloro por su amor ? No, mamá; lo aborrezco. Si lloro, es porque me ha estado engañando durante seis años, y diciéndome que se moría por mi, cuando él sólo amaba a Inés! ¡ Es un embustero!].

Dª RUPERTA.- Cálmate, niña, y acuérdate sólo de tu nuevo y único amor.

DOROTEA.- ¿ Faustino?

Dª RUPERTA.- Sí, ¡porque está dispuesto a ser tu esposo, cuando tú lo determines!

DOROTEA.- ¡Ah, no, mamá! No, por Dios... Si he de decirle la verdad, Faustino ha comenzado ya a disgustarme.

Dª RUPERTA.- ¿ Tan Pronto, y cuando aún no te has casado con él?

DOROTEA.- Yo no sé lo que me pasa, mamá. ¡Soy muy desgraciada! Desde que he sido testigo de la falsía de Silverio, ya no me acuerdo de Faustino ... Y luego que éste es un descortés ...

Dª RUPERTA.- ¿Por qué dices eso, niña, cuando Quintalegre es la cortesía personificada?

DOROTEA.- Mire usted: cuando él salió de aquí con mi papá, yo estaba en la esquina del corredor ... El me vio, sin duda; pero pasó de largo sin saludarme.

Dª RUPERTA.- No te vería ...

DOROTEA.- Pues mal hecho que no me haya viste, cuando yo me puse allí para que me viera, al pasar. ¡Jamás me habla sucedido esto con un hombre!

Dª RUPERTA.- Perdónale, Dorotea, esa pequeña distracción, que cuando sea tu marido ...

DOROTEA.- Las hará mayores. Usted misma me ha dicho que los hombres comienzan por pequeñas distracciones y concluyen con distracciones mayores ... Usted puede perdonarlo; pero no yo, que voy a casarme con él. Una y otra vez tosí para llamarle la atención; pero él pasó, como si tal cosa; y sólo tenía palabras para mi papá ...

Dª RUPERTA.- ¿Qué le decía a Victoriano?

DOROTEA.- Le hablaba del arriendo de La Rinconada.

Dª RUPERTA.- ¡Ah! Quién sabe si ha llevado a Victoriano a la escribanía ...

DOROTEA.- Le aseguro, mamá, que ahora siento haber despedido a Silverio.

Dª RUPERTA.-Y como mi pobre Victoriano es un bendito, habría firmado la escritura.

DOROTEA.- ¡Ah, mamá! Usted no me comprende.

Dª RUPERTA.- Sí, te comprendo, hija; pero ...

DOROTEA.- ¡Yo quiero hablar con Silverio!

W RUPERTA.-¿ Para qué?

DOROTEA.- Para echarle en cara su falsía. Es menester que usted reprenda a In es. Ambos se han estado burlando de las dos, durante todo este tiempo. (Se asoma a la puerta de la derecha). ¡Inés! ¡Inés!

## ESCENA V

Dichos, INES

INES.- Aquí estoy, Dorotea.

DOROTEA.- Mi mamá quiere preguntar sobre qué hablabas con Silverio por la ventana.

INES.- No sé con qué derecho puede hacerme una pregunta que envuelve una verdadera reconvencción.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Te has olvidado, Inés, de que yo, como la señora de la casa, tengo el derecho y aun el deber de velar sobre tus acciones? ¿Crees que he de consentir nada contra el decoro . . . ?

INÉS.- Yo no he cometido, tía, ninguna acción indecorosa.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Y te parece honesta la conducta de una muchacha soltera, que se pone a platicar por las ventanas con los mozos que pasan por la calle?

IN-S.- Yo no sé por qué en mi es malo lo mismo que he visto muchas veces hacer a mi prima, sin que nadie le dijera una palabra.

W RUPERTA.- Es que Dorotea lo hacia con mi permiso.

DOROTEA.- Porque Silverio era mi novio.

INÉS.- Pues entonces, yo no he hecho mal en hablar con Silverio, por la ventana.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Qué dices ?

INÉS.- Porque Silverio es mi novio.

DOROTEA.- ¡Ah! ¿Y te atreves a decirlo?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Desvergonzada!

INÉS.- Como no es ningún delito ...

DOROTEA.- ¡Embustero, infiel! Me engañaba ...

INÉS.- Eres injusta, Dorotea. Silverio te amaba ...

DOROTEA.- Y me ama todavía... ¿Entiendes? ¡Me ama!

INÉS.- Creo que no, Dorotea.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Qué atrevimiento! Te prohíbo que te acerques a esa ventana.

DOROTEA.- ¿Tan segura estáis del amor de tu Silverio? Pues yo te juro que no te casarás con él. ¡Mamá! Yo quiero ver a Silverio. Envíelo a buscar al momento ... Yo quiero echarle en cara su deslealtad quiero que me diga si es a mí a quien ha amado..., quiero ver que cara pone el fermentido...

INÉS.- Cálmate, Dorotea; yo misma enviaré a llamar a Silverio.

DOROTEA.- ¡Retira te de mi, alma de Caín! Me arrepiento de haberte llamado prima hasta el presente... ¡Mamá! ¡Mamá de mi corazón! ¡Yo me muero! (Cae desmayada).

D<sup>a</sup> RUPERTA .- (Sosteniendo a Dorotea). ¡Mira tu obra, malvada!

INÉS.- (Rociando con agua, a, Dorotea). Yo no tengo nada que reprocharme, tía.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Nada! ¿Así fue la educación que recibiste? ¡Ah, si tú hubieras sido criada y educada, como mi hija, por una madre severa y cristiana!

INÉS.- (Con viveza). ¡Señora! Hasta aquí he sufrido sus insultos porque yo sola era el objeto de ellos; pero

desde que usted se atreve a insultar la memoria de mi madre ...

D<sup>a</sup> RUPERTA .- ¿Qué dices?

INÉS.- ¡Que si hay algún nombre que no se pueda pronunciar sin veneración, es el de mi santa madre! Adiós, señora, y tú, Dorotea, adiós. *(Se encamina hacia la puerta del fondo).*

DOROTEA - ¡Deténgala, mamá! ¡Mire que se va a la casa de mi tío Manuel!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Te prohíbo que salgas de aquí!

INÉS.- Te engañas, Dorotea. Yo voy a ver a mi tío Victoriano, para rogarle que me busque una casa en donde vivir, porque en ésta no puedo estar ni una hora más. Prefiero servir de criada en cualquiera otra casa del pueblo. *(Al tiempo de salir Inés, aparecen en la puerta don Manuel y don Victoriano).*

## ESCENA VI

DON VICTORIANO, DON MANUEL, DORA RUPERTA, DOROTEA, INÉS

D.VICTORIANO.- ¡Rupertita! ¿Sabes lo que me ha pasado, mujer! ¡Ja, Ja, ja! ¿Por qué lloras, Dorotea? Manuel les contará el caso. Y tú, INÉS, ¿qué tienes? Si es para reír, ¡Ja, Ja, Ja, Ja!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Tanto hablar, para no decir nada. ¿Qué ha sido eso, Manuel?

D.MANUEL .- Voy a decirte. Cuando yo me volvía, después de haber hablado con el síndico ...

D. VICTORIANO.- Figúrate, Ruperta, que como posee este don Faustino, el don de la palabra, me llevaba sumamente entretenido, por esa calle abajo, cuando al enfrentar a la oficina del escribano, me propuso entrar a descansar. Entramos, y sin saber cómo, me vi con la escritura enfrente.

Dª RUPERTA.- ¡Lo decía yo! ¿Firmaste?

D. VICTORIANO .- Alcancé a concluir y reteñir bien el nombre, y a comenzar el apellido; pero a ese tiempo entró Manuel .... y ¡Ja, ja, ja! Cuéntales tú, hombre, la cosa.

D. MANUEL.- Afortunadamente entré yo, y al ver a Victoriano escribiendo, le pregunté: ¿estás firmando esa escritura, hombre de Dios? ¿No echas de ver a lo que te expones, realizando tan de repente este contrato?

D. VICTORIANO .- Estas palabras me recordaron el compromiso que tenemos con la Ruperta, y volví atrás al momento ... Quiero decir, que no pase adelante, que es lo que yo llamo volver atrás; y la firma quedó hasta poco, más allá de la mayúscula del apellido.

Dª RUPERTA.- ¡Pobre hombre de Dios! ¡Cuando te encargué expresamente que no firmases!

D. VICTORIANO.- Así fue: confieso mi pecado; pero como el diputadito es de los que se entran por el ojo de una aguja, no extrañes que me haya casi hecho caer en el garlito.

Dª RUPERTA.- Mala espina me da el tal diputado.

DOROTEA.- ¿Por qué, mamá?

Dª RUPERTA.- Porque me juró que no se interesaba por el arriendo, y ahora veo que me ha engañado.

DOROTEA .- ¡Si cumplirá lo mismo todos sus juramentos!

D. VICTORIANO.- ¡Eso sí que no! Es un hombre de pro, como de los escogidos por el gobierno para representarnos.

D. MANUEL .- ¿ Hombre de pro, dices, y olvida su palabra por hacer un negocio?

D. VICTORIANO.- ¡ Vaya, Manuel, que eres inocente. ¿Te parece que, porque el gobierno nos ha elegido, hemos de dejar de hacer nuestro negocio? [¿Crees que el gobierno anda buscando tontos para representar los intereses de los pueblos? Mientras más vivo sea un hombre para su negocio, más bien sabrá atender el negocio de sus representados].

Dª RUPERTA .- Calla, Victoriano. Y tú, Manuel, ¿traes ese testamento?

D. MANUEL .- No pude ver al sindico, pero luego hablaré con él. Voy a buscarlo a casa de un amigo, en donde yo sé que se halla.

DOROTEA .- Tío. No se vaya usted todavía.

D. VICTORIANO .- YO voy a verme con el señor cura.

Dª RUPERTA .- Tú no saldrás en todo el día de aquí, Victoriano.

D. VICTORIANO.- ¿ Y por qué razón?

Dª RUPERTA .- ... Por el bien de tu hija.

D. VICTORIANO.- No comprendo ...

Dª RUPERTA .- Después lo entenderás.

D. VICTORIANO.- ¡ Vaya que sea! (Aparte). Siempre vengo a entender después estas cosas.

DOROTEA.- Tío Manuel, yo quiero hablar con Silverio, al momento.

D. VICTORIANO .- (Aparte). En la municipalidad me pasa lo mismo; después de la votación es cuando vengo a comprender bien la materia.

D. MANUEL .- ¿Y para qué quieres hablar con mi h1,o, Dorotea, después de lo que has hecho con él?

D. VICTORIANO.- Lo mismo digo yo.

DOROTEA.- He sido dura con mi primo, y yo quisiera desenojarlo.

D. MANUEL.- Pero Silverio no vendrá, mientras no vea letra de Dorotea.

DOROTEA .- Entonces voy a escribirle. (*Se sienta a escribir*).

D. VICTORIANO.- ¡Mira, niña, lo que haces! ¿Y si Quintalegre sabe que andas escribiendo cartitas a tus antiguos pretendientes?

Dª RUPERTA.- Aun cuando lo sepa, ¿qué tiene eso de malo? ¿Te parece que Faustino es un hombre sin mundo, para que se aflija por billete más o menos? ¡Un joven de Santiago!

D. VICTORIANO.- ¡Ah! ¿Con que así se usa por aquellos mundos?

Dª RUPERTA.- Escribe, Dorotea.

ID. VICTORIANO .- (Aparte). ¡Estos usos sociales! Hay algunos que no me -entran.

DOROTEA .- (*Entregando un papel plegado a don Manuel*). Tío, entregue este papelito a Silverio.

D. MANUEL .- VOY, sobrina mía. (Vase).

## ESCENA VII

Dichos, *menos* DON MANUEL

INÉS.- Ahora, tío, yo tengo que hablar con usted.

D. VICTORIANO.- ¿Qué quieres, Inés?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (A *Inés*). ¡Sal de aquí, muchacha sin pudor!

D. VICTORIANO.- Vete a mi cuarto, Inés. Yo iré allí luego, y tú me dirás lo que deseas.

INÉS .- Allí lo espero, tío. (Vase).

## ESCENA VIII

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, DOROTEA

DOÑA RUPERTA .- ¡Qué idea! (Aparte a *Dorotea*). Ve, niña, al cuarto, y cuando entre Inés, cierra la puerta, y tráeme la llave.

DOROTEA .- Voy, mamá. (Vase).

## ESCENA IX

Dichos, *menos* DOROTEA

D. VICTORIANO .- Mira, Ruperta: ¿sabes que me está haciendo cosquillas una cosa, aquí dentro?

D<sup>a</sup> RUPERTA .- ¿Qué cosa es esa?

D. VICTORIANO .- YO también he sido joven, Ru-

perta, y me acuerdo muy bien de aquellos tiempos, cuando te pretendía.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Qué quieres decir con eso?

D. VICTORTANO .- Que si yo hubiese sabido de que tú andabas con esquelitas a otro ...

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Todavía no te convences, hombre, de que estos son usos admitidos en la alta sociedad?

D. VICTORIANO.- Si, estoy convencido, Ruperta; pero se me hace muy cuesta arriba tragar estos usos sociales de las esquelas amorosas a otro que no sea el verdadero novio.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Es que una mujer no sabe cuál es el verdadero novio, sino después de puestas las bendiciones.

D. VICTORIANO .- Eso también es cierto. ¡No habla caldo en ello!

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Antes de las bendiciones, todos los novios son falsos; y te aseguro que Dorotea ha hecho bien en querer desagaviar a Silverio.

D. VICTORIANO.- Pero ahora que la muchacha está a pique de casarse con Quintalegre, ¿qué le importa estar bien o mal con Silverio?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Importa mucho, hombre! ¿ Te parece que una niña bien educada rompe del todo con sus antiguos pretendientes, sólo porque va a casarse con el más moderno? No, Victoriano: esto no es cordura, y te confieso que liemos andado bien imprudentes en echar con cajas destempladas a Silverio. Una niña que estima en algo su porvenir, no debe hacer esto con sus amantes, sino tenerlos en suspenso, y como si

dijéramos a medio amor o a cuarto de amor, según sus méritos.

D. VICTORIANO .- ¡Ya, ya!

Dª RUPERTA .- Porque bien puede fallar el que posee el amor entero, y entonces vienen a suplir la falta esas otras fracciones de amor que quedan para las resultas.

D. VICTOMANO.- ¿ Conque Dorotea quiere ahora desenojar a Silverio, para las resultas ?

Dª RUPERTA. - Eso es.

## ESCENA X

### DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, DOROTEA

DOROTEA.- (Aparte a doña Ruperta, entregándole la llave). Aquí está la llave, mamá. La he dejado encerrada.

Dª RUPERTA.- Muy bien. (A don Victoriano). Ahora es preciso que sepas, que Inés ha tenido el atrevimiento de decirme en mi cara palabras insultantes.

D. VICTORIANO.- ¿ Ella? ¡Pero si es una paloma sin hiel la pobrecita!

Dª RUPERTA.- Tu no la conoces, Victoriano. Dorotea se ha desmayado, al oír a su prima.

D. VICTORIANO.- Es que Dorotea ha adquirido la costumbre de desmayarse por quita allá esas pajas.

DOROTEA .- ¡Ah, papá, usted no me ama!

D. VICTORIANO .- ¿Por qué razón, dices eso, Dorotea? ¿Porque no creo en los desmayos de las mujeres?

Dª RUPERTA.- ¡Calla hombre sin nervios!

DOROTEA.- ¡Ah, papá, si usted tuviera mis nervios!

Dª RUPERTA.- Ahora es menester que te convenzas.

D. VICTORIANO.- ¿De que no tengo nervios?

Dª RUPERTA.- De que no debes hablar con Inés.

D. VICTORIANO.- ¡Y SC me había olvidado! Voy al cuarto.

Dª RUPERTA.- Es inútil, tengo aquí la llave.

D. VICTORIANO.- ¿Qué quiere decir eso, Ruperta?

Dª RUPERTA.- Que la tengo allí encerrada, porque es preciso castigar de algún modo su atrevimiento.

D. VICTORIANO.- Ruperta, ¿por qué has hecho eso pobre niña?

DOROTEA.- ¡Pobre Niña! Papá, usted no ama a su hija. Me voy.

D. VICTORIANO.- ¡Qué muchacha! Ven acá, Dorotea; ¡si te quiero mucho!

DOROTEA.- (Al salir por la puerta de la derecha). ¡No, no! ¡Me voy de aquí! (Vase).

## ESCENA XI

Dichos, *menos* DOROTEA

Dª RUPERTA.- ¿No ves, Victoriano, de lo que es capaz un hombre desnaturalizado como tú?

D. VICTORIANO.- ¿Yo desnaturalizado? ¿Y por qué?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Porque manifiestas interesarte por tu sobrina, delante de tu hija, que como te he dicho es tan nerviosa ... Pero doblemos esta hoja y hablemos de otra cosa.

D. VICTORIANO .- Dices bien, Ruperta. Hablemos de otra cosa.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Por supuesto que no has visto al cura.

D. VICTORIANO.- Así ha sido, porque como me sucedió aquello de la oficina ... Pero puedo ir al momento.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- No quisiera dejarte ir solo.

D. VICTORIANO .- ¿ Crees que tengo miedo?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡No! Soy yo la que tengo miedo de ti.

D. VICTORIANO .- ¿De cuándo acá has comenzado a tener miedo, Ruperta?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Quiero decir que temo el que no vayas a cometer otro disparate.

D. VICTORIANO.- ¡Acabáramos! Tal vez tienes razón en decir eso, después de lo sucedido. Pero ahora te prometo irme derecho a la parroquia. (Vase).

## ESCENA XII

### DOÑA RUPERTA

[D<sup>a</sup> RUPERTA .- Voy a asomarme por la ventana, para ver si este hombre toma el camino de la parroquia. *(Al salir por la puerta de la derecha, se encuentra con Dorotea)*].

## ESCENA XIII

DOÑA RUPERTA, DOROTEA

DOROTEA .- ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Qué gusto!

D<sup>a</sup> RUPERTA .- ¿Qué hay, niña?

DOROTEA .- Que Silverio me ha contestado. Lea usted la carta.

D<sup>a</sup> RUPERTA .- (Toma la carta que Dorotea le pasa y lee). "Mil gracias, querida Dorotea, por haberme devuelto tu amor. Pronto estaré contigo, para manifestarte los sentimientos de mi corazón, tan enamorado como sincero".

DOROTEA .- ¿Qué le parece, mamá? ¿Podrá querer a Inés, cuando me dice eso a mí?

D<sup>a</sup> RUPERTA .- Silverio sigue amándote; y sería peligroso el que se encontrase aquí con Faustino.

DOROTEA .- PUES eso es lo que yo deseo. ¿No ve usted que una vez que Faustino se advierta del amor que Silverio me tiene, se apresurara a ...

D<sup>a</sup> RUPERTA .- Ya entiendo.

DOROTEA .- Y además, quiero ver aquí a Silverio, para que Inés se convenza de que no la ama. Deme la llave, mamá: voy a dar libertad a mi prima, para que venga a leer esta carta.

D<sup>a</sup> RUPERTA .- No, no; yo iré. (Vase).

## ESCENA XIV

### DOROTEA

DOROTEA.- Yo no sé lo que por mi pasa. Yo no quiero casarme con Silverio, y sin embargo, tengo celos de Inés. ¿Amaré, por acaso, a mi primo? ¡Ah! No: son resabios de un extinguido amor. Pero ¿por qué me punza el alma sólo la idea de que él ame a Inés? ¿Qué misterio es éste? Faustino me adora, yo lo amo, y sueño despierta, pensando en la vida de alegría que hemos de pasar en Santiago... Mas yo no sé qué secreto p resentimiento me atormenta; y siempre veo a Silverio entre Faustino y yo. ¿Será que mi corazón no ama a Faustino? Pero yo deseo casarme con él; y ¿cómo puede desear una mujer casarse con un hombre a quien no ama?]. ¡Si amaré tal vez a los dos! ¡Dios mío, ¿Pueden caber dos amores en un solo corazón? [Con todo, yo suspiro por ser la esposa de Faustino, y deseo que Silverio no deje de amarme]. Hay aquí un misterio que yo no comprendo. ¡Gran Dios! ¿Por qué no n s es dado comprender lo que pasa en nuestro corazón... aquí, dentro de nosotros mismos? (*Mirando por la puerta del fondo*). Aquí viene mi mamá con Inés... ¡Ah! Me parece que despierto de un sueño... ¡jamás creí que pudiera aborrecer tanto a mi prima!

## ESCENA XV

DOÑA RUPERTA, DOROTEA, INÉS

INÉS.- De todos modos, tía, la acción de Dorotea es indigna.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿No te digo que Dorotea ha hecho esto, por orden mía?

INÉS.- Eso no quiere decir otra cosa, tía, sino que hay mujeres que obran a veces como chiquillas.

DOROTEA.- Hablas tan resueltamente, porque te crees amada. (Le pasa la carta de Silverio). Lee ese papel, y en él verás si es a ti a quien Silverio prefiere.

INÉS.- (Leyendo). ¡Dios mío! ¿qué he hecho para merecer este engaño?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¿Qué has hecho? Ser menos digna que tu prima, para merecer el amor de mi sobrino.

DOROTEA.- ¡Convéncete, Inés, de que Silverio no puede amar a otra que a mi!

INÉS.- ¡No seas cruel, Dorotea!

DOROTEA.- ¡Si! ¡A mi, a mi! Yo lo he visto suspirar por mi amor, durante años enteros.

INÉS.- ¡Dorotea! ¡Por Dios!

DOROTEA.- TÚ has sido testigo de su constancia, ¿cómo puedes creer que su corazón haya cambiado en dos horas?

INÉS.- ¡Dios mío! ¡Es verdad! (Aparte). ¡Ah, dicha de un momento!

DOROTEA.- Todo cuanto ha podido decirte es falso.

INÉS.- ¡Por piedad, prima mía! ¡Por piedad!

DOROTEA.- (Aparte). ¡Estoy vengada! (Vase Inés).

## ESCENA XVI

DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA

FAUSTINO.- A los pies de usted, señora ... Y usted, Doroteita, permítame estrechar su encantadora mano.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Tenla deseos de verlo, señor Quintalegre.

DOROTEA.- Y yo también.

FAUSTINO.- ¡ Oh! Eso es para mi una felicidad que casi no me atrevía a esperar.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Deseaba preguntarle si usted me dijo que ya no se interesaba por el arriendo.

DOROTEA.- Y que sólo aspiraba a ...

FAUSTINO.- A la mano de usted. Así lo dije.

DOROTEA.- Sin embargo, usted ha pasado cerca de mí, sin mirarme.

FAUSTINO.- ¿Eso he hecho? Tal vez porque he tenido la desgracia de no verla.

DOROTEA.- El amor verdadero adivina cuando no ve.

[FAUSTINO.- (Aparte). Quisquillosa es la niña. Pero ¿cómo puede usted dudar de mi cariño?].

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Y además, ha tratado usted de sorprender a mi marido.

[FAUSTINO.- Ya yo presumía que ustedes, sin conocimiento de causa, hablan de traducir esta acción como contraria a mi honorabilidad; y por esto es que he venido a imponerlas de la verdad del hecho. ¿Nada, les ha dicho el señor don Victoriano?

D<sup>a</sup> RUPERTA .- Nada sino que usted lo había arrastrado a la oficina, para hacerlo firmar esa escritura].

FAUSTINO.- Las apariencias me condenan; pero óigame usted, señora. Repito ahora lo que dije antes: yo no pretendo entrar en otros negocios que en los de mi corazón ... Créamelo, Doroteíta. Pero al salir de aquí me acordé que mi hermano Tristán deseaba venirse a trabajar en una hacienda del sur, y se lo dije a don Victoriano. El entonces aceptó la idea de firmar la escritura, poniendo el nombre de mi hermano en lugar del mío.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- ¡Ah!

FAUSTINO.- Y cuando estaba el caballero poniendo su firma, entró don Manuel.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Ya Manuel me ha contado eso.

FAUSTINO.- [Pero no les ha dicho la verdadera causa de esta determinación. ¡Ya se ve! Nada tiene de extraño, que don Victoriano se olvide de esas pequeñeces, en medio de sus multiplicadas atenciones municipales]. (Saca un papel *del bolsillo*). Aquí tienen ustedes la contestación telegráfica de mi hermano, en la cual me dice que por el correo me enviará su poder para que yo firme por él esta escritura.

D<sup>a</sup> RUPERTA .- Pero ya sabe usted que no pensamos poner la hacienda en otras manos que en las del esposo de Dorotea.

FAUSTINO.- Entonces, me resuelvo a tomar el fundo. El amor de Doroteita me da valor para esto y mucho más.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Muy bien. Pronto tendrá el placer de poderlo llamar hijo mío.

DOROTEA.- (Tapándose la cara con las manos). ¡Ah, mamá! (Aparte). ¿Por qué no llegará Silverio?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- He mandado buscar al cura; y él nos dirá si puede quedar arreglado el asunto esta noche.

FAUSTINO.- (Aparte). La señora suegra anda al vapor. Sin embargo, señora, yo quisiera hacer a usted una observación.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Le escucho, amigo mío.

DOROTEA.- (Se oye ruido afuera). (Aparte). ¡Es Silverio! (Se asoma a la puerta del fondo). ¡Ah! ¡Es mi papá!

## ESCENA XVII

Dichos, DON VICTORIANO, DON MANUEL

D. VICTORIANO.- ¿Estaba usted aquí, don Faustino?

FAUSTINO.- Sí, señor.

D. VICTORIANO .- Tanto mejor.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (A don Manuel). ¿Trajiste esos papeles ?

D. MANUEL .- No quiso prestármelos el sindico; y tuvo razón para ello.

D. VICTORIANO .- Ya te he dicho, Manuel, que todo eso debe ser ilusión de tus sentidos.

D<sup>a</sup>. RUPERTA .- PUCS yo voy creyendo lo mismo.

FAUSTINO.- (Aparte). Y a mi también me parece que esto del testamento no es más que mentira de este viejo bellaco.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (Aparte a don Victoriano). ¿Hablaste con el curar?

D. VICTORIANO.- (Aparte a doña Ruperta). Sí, mujer; y me dijo que todo se arreglaría hoy.

FAUSTINO.- ¿Qué cosa, señor?

D. VICTORIANO.- Lo del casorio, pues, amigo. ¡Este párroco es un sacerdote muy activo!

FAUSTINO.- Pues a pesar de mi justa impaciencia, debo prevenir a ustedes que aún no he tenido tiempo de prepararme de una manera conveniente.

[DOROTEA.- ¿Se arrepiente usted?

FAUSTINO.- No, Doroteita; pero una noticia que acabo de recibir por el telégrafo me impide ...

DOPOTEA.- ¡ Quien encuentra tantos inconvenientes, no ama de veras! (Aparte). ¡Y Silverio, que todavía no llega!

FAUSTINO.- Mí amor es más verdadero que la verdad misma, Doroteita.

DOROTEA.- (A media voz). Si así fuera, no encontrarla usted tantas dificultades, y me verla al pasar.

FAUSTINO.- (Bajando la voz). Ya te digo, alma mía, que... ].

#### ESCENA XVIII

DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DON VICTORIANO, DON MANUEL, UN  
RECEPTOR. (Con unos papeles en la mano)

D. VICTORIANO.- (Al receptor). ¿Qué se le ofrece a usted?

RECEPTOR.- Vengo a hacerle una notificación al señor don Victoriano Siempreviva.

D. VICTORIANO.- Yo soy. ¿Sobre qué es la notificación?

RECEPTOR.- Es una demanda del sindico del convento de San Francisco.

D. VICTORIANO .- Sobre mi estancia de La Rinconada?

RECEPTOR.- Creo que si, señor. Impóngase usted de la demanda (*Le pasa los papeles*).

D. MANUEL.- (*A Faustino, mientras don Victoriano y doña Ruperta leen los papeles*). Pues ahora vengo a caer en la razón por qué el síndico me negaba el testamento.

FAUSTINO.- (*Aparte*). ¡Se broceó la mina!

Dª RUPERTA.- ¡Mira, Manuel! Lo que nos decías era verdad.

D. MANUEL.- ¿Y lo dudabas tú

DOROTEA.- ¿Qué es eso, mama.

Dª RUPERTA.- ¡Que nos quieren quitar la hacienda, hija mía!

[FAUSTINO.- (*Aparte*). Estoy decidido].

Dª RUPERTA .- Pero sostendremos el pleito.

[FAUSTINO.- (*Aparte*). Yo no arriendo hacienda en litigio].

D. VICTORIANO.- (*Pasando los papeles a don Manuel*) \* Yo no entiendo palabra de estas cosas, Manuel.

D. MANUEL .- (*Leyendo*). La demanda está en regla; y se funda en el testamento, cuya copia se acompaña.

Dª RUPERTA .- ¡Contestaremos esa demanda!

D. VICTORIANO.- Voy a verme con un abogado.

Dª RUPERTA.- ¿ Para qué necesitamos de buscar abogado, cuando podemos decir ya que tenemos uno en la familia? ¡ No es verdad, señor don Faustino?

FAUSTINO.- Es verdad que soy abogado; pero hace ya tanto tiempo que no defiendo ... [ (Aparte). Es preciso salir pronto de este atolladero.

Dª RUPERTA.- Pero, señor y amigo mío; si Yo le doy a usted mi hija, es a condición de que defienda sus intereses.

FAUSTINO.- (Aparte). ¿Mujer con pleito? Cargue otro con ella]. Señora, en cuanto yo vuelva de Santiago.

D. MANUEL .- (A Faustino). ¿Y piensa usted marcharse, ahora que sus ilustrados consejos le son tan necesarios a mi cuñado?

FAUSTINO.- Es un asunto urgente, señor ...

D. MANUEL.- (Aparte a doña *Ruperta*). *Mira* como el novio se ha arrepentido, porque se le agrió el negocio.

Dª RUPERTA .- (Aparte a *don Manuel*). *Lo* he conocido al momento. (*Idem a Dorotea*). Antes de que él te desprecie, adelántatele, niña.

DOROTEA .- Señor don Faustino, puesto que usted tiene necesidad de ir luego a Santiago, le deseamos tanta felicidad por allá, que no se acuerde ya más de este pueblo.

FAUSTINO .- (Aparte). ¡Gracias a Dios, qué ella misma me saca del apuro! Comprendo, señorita ... Viniendo de usted, hasta las calabazas son sabrosas.

D<sup>a</sup> RUPERTA.- Para que usted vea que también aquí se saben dar como en Santiago.

FAUSTINO.- Ahora sólo me falta manifestar mi gratitud a Dorotea.

DORCITEA.- ¿Su gratitud? ¿Luego usted deseaba deshacerse de este compromiso? ¿Cree usted que yo estaba tan deseosa de casarme? ¡Pues sepa que no es usted el primero a quien desprecio!

FAUSTINO.- Ojalá no sea el último, señorita.

DOROTEA.- Y advierta que si quisiera casarme, podría hacerlo en este mismo instante... Tío Manuel, ¿por qué no ha venido Silverio?

#### ESCENA XIX

Dichos, SILVERIO, *después INÉS.* (Acercándose a *Silverio*, *sin ser notada*)

SILVERIO.- Aquí estoy, mi querida prima. Estaba ahí en el corredor, y dudaba de si debía entrar.

DOROTEA.- ¿Y Cómo podías dudar, primo mío, cuando yo misma te he llamado?

D<sup>a</sup> RUPERTA.- (Aparte a *don Victoriano*). ¡Mira si es conveniente tener su novio para las resultas!

DOROTEA.- Te he llamado, Silverio, para pedirte que me perdones, y para decirte que te amo más que nunca.

FAUSTINO.- (A media voz). ¡Ah! No me acordaba de que teníamos prímico de por medio.

SILVERIO.- Nada tengo que perdonarte, Dorotea; sólo tengo que agradecerte, y en cuanto al cariño, de que me hablas, sabré corresponder a él como merece.

INÉS.- ¡Dios mío!

DOROTEA.- ¡Mire, usted, señor Quintalegre, si yo decía la verdad!

FAUSTINO.- ¡Ah, señorita! Hasta en esto se parece este pueblo a la capital.

Dª RUPERTA.- Acabemos esto. Sobrino, abraza a tu esposa.

SILVERIO.- Agradezco a usted, tía mía, el permiso que me da, y del cual quiero aprovecharme. (*Vuélvese hacia Inés, y la abraza*). ¡Inés mía!

INÉS.- ¡Gracias, Dios mío! (*Abraza a Silverio*).

DOROTEA.- ¡Traición!'

Dª RUPERTA.- ¿Estoy soñando?

FAUSTINO.- ¡Caracoles! ¡Esto es aún mejor que en Santiago!

VICTORIANO.- Pues yo no entiendo ni para de lo que estoy viendo y oyendo.

D. MANUEL.- ¿Qué Significa esto Silverio?

[D. VICTORIANO.- (*Aparte*). Me está pasando lo que con las discusiones embrolladas, en el cabildo].

SILVERIO.- Esto significa, padre mío, que yo amo -a Inés con delirio, desde que la coquetería de Dorotea me ha curado hoy de la locura de amarla a ella.

DOROTEA.- ¡Ahí, yo me muero! ¡Mamá!

SILVERIO.- Por eso te dije-. Dorotea, que no sólo te perdonaba, sino que te agradecía lo que hablas hecho conmigo.

D. MANUEL .- ¿ Y tú, Inés?

INÉS.- YO, señor, he amado a Silverio desde que tuve la dicha de conocerlo; pero me juré a mi misma ocultar este amor, pues vela que él amaba tan ardientemente a mi prima.

SILVERIO.- Y ha sufrido en silencio seis años de martirio. Hoy mismo la he oído, padre mío, rogar a Dorotea que no me rechazase.

D. MANUEL .- (Abrazando a Inés). ¡Ven acá, hija mía!

INÉS .- ¡Padre mío!

D. MANUEL.- Amala, Silverio, como ella lo merece; pero, ¿por que no me abriste tu corazón? Así, me habrías ahorrado el tener que hacer una farsa.

SILVERIO.- ¿Qué farsa es esa, señor?

D. MANUEL .- La de esta demanda y testamento, que he tenido que inventar.

FAUSTINO.- (A *don Manuel*). ¿Entonces la historia del testamento es falsa?

D. MANUEL.- No es más que invención mía, como esta demanda.

FAUSTINO.- ¡Ah!

D. MANUEL.- Para que usted vea que aquí también sabemos inventar comedias como en Santiago. (Toma *los papeles y los hace pedazos*).

FAUSTINO .- (Aparte). ¡Pícaros provincianos! ¡Me han quitado un negocio de las manos!

*Cae el telón*